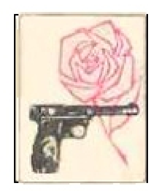


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Tratado de amistad

No tiene nada de extraño que una persona que vive en Washington viaje a Nueva York, por cualquier motivo. Incluso, aunque sea un general del Ejército estadounidense. Ni tiene nada de extraño que compre algún artículo curioso en un bazar chino de Nueva York. Ni que posteriormente le envíen a su domicilio de Washington catálogos de artículos chinos, una atención al cliente muy extendida. Lo que sí sorprende a la CIA es que uno de esos catálogos contenga, en clave, el siguiente mensaje:

«Los preparativos para la guerra que significará la caída definitiva del poderío ruso están en marcha. Nuestros especialistas ya tienen prácticamente dispuesto el plan inicial, y sólo esperan su visto bueno y colaboración en la parte final».



Lou Carrigan

Tratado de amistad

Brigitte en acción - 320

ePub r1.1
Titivillus 19.09.2017

Lou Carrigan, 1982
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

A veintisiete pisos de altura sobre Central Park y la Quinta Avenida de Nueva York se hallaba reunida la plana mayor de amistades de la señorita Brigitte Montfort, sensacional periodista conocida en el mundo entero…, y todavía más sensacional espía, asimismo conocida en el mundo entero, pero con el sobrenombre de «Baby».

A tal personalidad, tales invitados. Brigitte tenía invitados en su apartamento aquella Nochebuena nada menos que a los siguientes personajes:

Mister Cavanagh, jefe absoluto del Grupo de Acción de la CIA.

Mc Gee, el estrafalario, simpático y astuto jefe del Departamento de Armas Especiales de la CIA.

Charles Alan Pitzer (tío Charlie, para Brigitte), jefe del Sector New York de la CIA.

Simón-Floristería, ayudante de Pitzer.

Miky Grogan, director del diario neoyorquino *Morning News* periódico que tenía el privilegio de ostentar la exclusiva de las tareas periodísticas de la señorita Montfort.

Frank Minello, el más querido amigo de Brigitte, Jefe de la Sección Deportiva del *Morning News*.

Y…

Y el invitado más impresionante de todos, el hombre al que Brigitte había entregado su amor para los restos de la vida: Numero Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos, exagente de la CIA, la cual años atrás le había traicionado, y perdido así los inestimables servicios de su mejor hombre desde que los americanos aprendieron a espiar.

Atendiendo a estos invitados en aquella amable Nochebuena, Brigitte y su ama de llaves, la tímida, ingenua, sonriente y rubita y pecosa Peggy, que no había dejado de reír las tonterías con las que Minello había obsequiado a los reunidos durante la cena, que había

requerido el sacrificio de dos pavos, en lugar de uno, como había calculado Minello[1]. Pero, bueno, como el propio Minello había admitido, no se trataba de que alguien pasase hambre aquella noche, ciertamente.

Aunque esto era poco probable, pues Brigitte había organizado una cena que, sin ser un despilfarro, era abundante. Y exquisita, naturalmente… Sin embargo, Minello se había pasado parte de la velada refunfuñando, y todavía seguía refunfuñando cuando llegó el momento de los finos licores.

—Pero bueno —le preguntó finalmente Brigitte—, ¿se puede saber qué te pasa, Frankie?

—¿A mí? ¡Nada!

Pitzer emitió una risita sarcástica.

—¡Como si no lo conociéramos! —exclamó—. ¡Algo le ha estado quemando en el trasero toda la noche a este bruto!

—¡Si empezamos a insultar….! —bramó Minello.

—Bueno, bueno, haya paz —movió las manos Brigitte, sentada en el sofá junto a Número Uno, que contemplaba amablemente a Minello—… Y sé sincero con nosotros, Frankie: ¿qué te pasa?

—A lo peor no le ha gustado el pavo —sugirió Mc Gee. Frankie se revolvió contra él ferozmente.

—¡Y usted se calla, escoba vestida! —rugió—. ¡Es el que menos derecho tiene a hablar del pavo!

—¿Ah, sí? —frunció el ceño Me Gee—. ¿Por qué?

—Acaba de meterse en la boca del lobo, Mc Gee —advirtió Simón-Floristería, riendo.

—Seguro que sí —le apoyó Pitzer—: pedirle explicaciones a Minello es hacer oposiciones a la locura.

—¡Me está usted provocando, buitre comedor de carroña! —le espetó Frankie.

—Pues qué bien —asintió plácidamente Pitzer—. En cuanto a eso de comedor de carroña, nada de nada: ¡el pavo estaba riquísimo!

—Desde luego, no era carroña —intervino Cavanagh.

—Es verdad —dijo Mc Gee—… ¡Era el mejor pavo que he comido en mi vida!

—¡Toma, claro! —le miró venenosamente Minello—. ¡Especialmente porque a usted, le ha salido gratis!

Mc Gee se desconcertó. Brigitte y Número Uno comenzaron a mirarle casi con piedad, conmiserativamente.

—¿Qué quiere decir? —enrojeció Mc Gee—. ¡Claro que me ha salido gratis! ¡No creerá que iba a cometer la grosería de pagarle a Baby a cambio de su cena!

—Pues oiga esto, tipo raro: ¡aquí todos hemos pagado por esta cena! ¿Por qué no había de pagar usted?

—¿Cómo, que le han pagado? —tartamudeó Mc Gee—. ¡Qué tontería!

—No es ninguna tontería… ¿Verdad, Brigitte?

—Verdad —asintió la divina, conteniendo la risa—: todos hemos pagado, Mc Gee.

—Pe-pero eso no… no es posible… Yo no sabía…

—¡Usted no sabe lo que no le conviene saber! —tronó Minello—. ¡Menudo pájaro de cuenta está hecho! ¡Viene aquí, se come su pavo tan ricamente, y a los demás que los parta un rayo!

—¿A los demás…? ¡Pero todos ustedes también han comido pavo!

—Los que estamos aquí, sí, pero… ¿y los demás? ¿Y los muchachos que no tendrían pavo si nosotros no los hubiésemos invitado? ¿Eh? ¿Qué me dice a eso? A ver, dígame: ¿ha invitado usted a pavo a algún muchacho?

—Pu-pues no…

—¡¿Lo ves, Brigitte?! —señaló furiosamente Frankie al atribulado Mc Gee—. ¡No ha pagado!

—Lo que Frankie está tratando de decir —rió por fin la más linda espía del mundo— es que todos nosotros pusimos dinero para comprar pavos a los muchachos alumnos de Frankie en sus clases de gimnasia, a fin de que comieran pavo esta Navidad. Primero, Frankie dijo que no podíamos comprar cien pavos, porque eran demasiados para nosotros. Luego dijo que, puesto que nos ahorrábamos el dinero de noventa y nueve o noventa y ocho pavos, ese dinero podíamos invertirlo en comprar pavos para sus muchachos. Y cada uno de nosotros compró pavos… Incluso Uno —lo señaló—, pues aunque no estaba aquí cuando hicimos la colecta, yo pagué por él.

—No recordaba eso —dijo muy serio Número Uno—… ¿Cuánto te debo, entonces?

—Oh, no mucho. Sólo puse por ti veinticinco mil dólares.

—Te enviaré un cheque.

—Muy bien.

Se quedaron mirando todos a Mc Gee, que había palidecido, y que tardó bastante en poder preguntar:

—Pe-pero, entonces… ¿cuánto tengo que poner yo?

—Será suficiente que pague diez pavos —dijo Minello.

—Ah… ¡Demonios, me había asustado! Bien, ¿a cuánto cuesta cada pavo?

—A mil dólares. Y lo mínimo son diez pavos…, quiero decir pavos de comer, ¿comprende, maquiavélico personaje inventor de artefactos?

—Pero yo… yo no puedo pagar diez mil dólares…

—Le haré una pequeña rebaja —masculló Minello—: que sean a diez dólares.

—¿A diez dólares… cada pavo?

—¡No me diga que no tiene cien dólares! —gritó Minello.

—Caray, eso sí —suspiró aliviado Mc Gee—… ¡Ya lo creo que tengo cien dólares!

—¡Pues suéltelos ya, avaro!

Mc Gee sacó su billetera, de ella cinco billetes de veinte dólares, y se los tendió a Minello, que se los embolsó, frunció el ceño, y comenzó a refunfuñar de nuevo.

—¿Y ahora? —preguntó Brigitte, mosqueada—. ¿Se puede saber qué te pasa ahora?

—Yo lo sé —dijo Pitzer—: la ve a usted tan hermosa que se pone de mal humor.

—¡No señor, no es eso! —saltó Minello.

—¡Cómo! —exclamó Brigitte—. ¿No te parezco hermosa?

Todos miraban ahora pasmados a Minello, pues la belleza de Brigitte, incuestionable siempre, aparecía resplandeciente aquella noche. Y no por la buena cena, el elegantísimo vestido de noche, su propia belleza natural…, sino por la presencia de Número Uno, a una de cuyas manos se había asido. Es bien sabido: la felicidad aumenta la belleza.

El pasmo aumentó cuando Minello gruñó:

—No, señorita, no me pareces hermosa… ¡Me pareces divina, celestial, majestuosa, angelical, extraordinaria…! Pero estoy

enfadado contigo, ¡ya está dicho!

—¡Oh, cielos! —gimió Brigitte—. ¡Mi buen Frankie está enfadado conmigo…! Eso no es posible, no tiene sentido… ¡No puedo soportarlo! ¿Por qué estás enfadado conmigo, Frankie?

—¡Porque no me has pedido que os recite los versos que me he pasado tres meses preparando para esta noche!

Nuevo pasmo general. Esta vez, incluso afectó a Brigitte, que hasta ese momento más bien había estado siguiendo el juego a Minello, a ver por dónde salía.

Pero, ciertamente, ni siquiera Brigitte esperaba lo de los versos.

—¿Has compuesto unos versos para esta noche? —se maravilló

—¡Sí, eso he hecho! ¡Y no te has dignado pedirme que os los recite!

—Pero Frankie, yo no sabía… ¿De veras has compuesto unos versos?

—Este tipo quiere amargarnos la noche —masculló Pitzer—… ¡Con lo bien que lo estábamos pasando!

—Estoy seguro de que son unos versos magníficos —dijo el habitualmente silencioso Número Uno,

Minello lo señaló impetuosamente.

—¡He aquí al hombre más inteligente del mundo! ¡Sabe distinguir a un poeta con sólo echarle la vista encima!

—¿Dónde hay un poeta? —preguntó Grogan, mirando cómicamente a todos lados, menos a Minello—. ¿Dónde, dónde…?

—¡Aquí, ogro lleno de úlceras! —se tocó el pecho Minello a puñetazos—. ¡Aquí, aquí…!

—Yo creo —dijo Cavanagh, muy reposado— que deberíamos pedirle a Minello que nos recite esos versos.

—¡Pues ahora no me da la gana de decirlos! —aulló Minello.

—Oh, vamos, Frankie, hazlo por mí… ¡Por favor, te lo suplico, recítanos tus versos!

—Me parece que no va a convencerlo, Brigitte —dijo Pitzer.

—¡Ya lo creo que sí me convence! —aseguró Frankie—. ¡Los deseos de Brigitte son órdenes para mí!

—¿De veras? —Pitzer miró a Brigitte—. ¿Por qué no le pide que se tire desde la terraza a la calle, Brigitte?

—¡Escuche, buitre calvo que…!

—Frankie, Frankie, los versos —pidió la divina—. ¡Por favor te

lo pido!

—Ah, bueno. Bien, allá van…

Les deseo felicidad
a todos mis amiguitos,
buena cena, buen humor,
y para todos, mi amor,
en la dulce Navidad.

El estupor cundió durante un par de segundos. De pronto, Simón-Floristería comenzó a aplaudir.

—¡Bravo! —elogió—. ¡Bravo, magnífico, maravilloso! ¡Bravo!

Brigitte comenzó a reír y aplaudir, y los demás la imitaron, si bien Número Uno se limitó a aplaudir, siempre serio como una piedra. La que más reía era Peggy, que además de servir licores estaba degustándolos personalmente, y se sentía poco menos que un pájaro.

—¡Oh, Frankie, qué versos tan preciosos, sí! —dijo riendo.

—Sí que son bonitos —se mostró magnánima Brigitte—. Y ya que estamos con versos, yo también he pensado unos. Claro que… ¡no serán tan bonitos como los de Frankie!

—Psé —dijo éste, muy ufano—… Pero tampoco vamos a prohibirte que los recites, ¿verdad?

—Eso, eso —dijo Mc Gee—… ¡Que Baby recite versos!

—¿Son de amor, Brigitte? —se interesó Minello—. ¿Eh? ¿Son de amor?

—Yo creo que sí, Frankie. Escucha…

En el ámbito celeste
se creó la paz, la alegría, el amor:
luchemos para que siempre existan
en un mundo como éste.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, Cavanagh murmuró:

—Yo diría que sí son de amor… ¿No, Minello?

—Mmm… Sí… Desde luego que sí.

—¿No te han gustado? —sonrió Brigitte.

—Pues sí… ¡Pero se nota que esos versos tuyos han sido

improvisados ahora mismo, y en cambio, yo he estado trabajando en los míos más de tres meses!

—Ya se ha notado, ya —farfulló Pitzer.

—Son unos versos preciosos —aseguró Mc Gee.

—Muchas gracias, Mc Gee —lo miró maliciosamente Brigitte—. ¡Bueno…, ahora le toca a usted!

—¿A mí? —respingó Mc Gee—. ¡Yo no sé versos!

—Bueno, pues los inventa, como ha hecho Brigitte —rio Frank Minello—… ¡Zambomba, esta velada promete ser de lo más divertido…!

* * *

Con el último suspiro, Brigitte se relajó en brazos de Número Uno, pero sin deshacer el abrazo que los unía y que los había lanzado a los dos al placentero vuelo del amor por segunda vez.

Angelo Tomasini, alias Número Uno, esperó unes segundos, y luego inició el movimiento para dejar de presionar con su cuerpo el de Brigitte, desnudo y tibio, tierno y dulce. Pero ella se abrazó con más fuerza a su espalda, y susurró:

—No te vayas de mí…

—¿Quieres otra vez…?

—No, no. Sólo quiero que nos quedemos así, abrazados, hasta que nos durmamos…

Número Uno movió sólo la cabeza, y besó a Brigitte en la boca, que se abrió bajo la suya como una flor… Fue un beso largo y lento, profundo, tras el cual Brigitte volvió a suspirar.

—¿Estás contento de haber venido a Nueva York?

—Es una pregunta tonta —dijo él—. Y como tú no eres la única que tiene derecho a hacer preguntas tontas, yo te haré esa misma cuando vengas a Villa Tartaruga.

—Tienes razón —rio ella dulcemente, notando la presión interior de él—. Pero… ¡te amo tanto!

Uno volvió a besarla en los labios, pero ahora breve y suavemente.

—Duerme —susurró—… Ha sido una noche larga e intensa.

—¿Sabes? —susurró ella—. ¡Hoy ya es el día de Navidad!

—Feliz Navidad. Duerme, mi amor.

En el amplio dormitorio de Brigitte había sólo una tenue luz rosada, que teñía sus desnudos cuerpos abrazados.

Afuera, Nueva York ofrecía su fría noche; allí, en las calles, debían de estar ocurriendo miles de cosas, y, ciertamente, no todas buenas, pues a los humanos no les sirven de nada los versos que hablan de paz y amor… Pero allí dentro, en la tibia atmósfera creada por la calefacción, sí había paz y amor…

Y en esta paz y en este amor, Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más peligrosa del mundo, se durmió en brazos del hombre que la amaba y al que ella amaba más que a su propia vida.

Cuando sonó el teléfono de la mesita de noche, los dos estaban todavía abrazados, pero de costado, quedando uno dando frente al otro.

Abrieron los ojos a la vez, y se miraron en la tenue luz rosada. Brigitte sonrió enseguida.

—Buenos días, mi amor —susurró.

—Todavía no es de día —murmuró él—. Aunque no creo que falte mucho. Nos acostamos muy tarde.

—Eso no es del todo exacto —rio ella queda y dulcemente—. Nos acostamos relativamente pronto, pero estuvimos ocupados hasta muy tarde. No es lo mismo, ¿verdad?

—No —Uno la besó en la nariz—. Como sé muy bien que no eres sorda, debes de estar oyendo el teléfono.

—Déjalo. Ya se cansarán. Seguramente se trata de alguna equivocación.

—Como tú quieras.

El teléfono dejó de sonar. Sólo unos pocos segundos más tarde, comenzó de nuevo su repiqueteo. Brigitte y Uno todavía se estaban mirando.

—Me parece —dijo ella— que no se trata de una equivocación

—Entonces, será mejor que contestes, o nos tendrán así el resto de la noche.

Me temo que tienes razón, mi amor. —Brigitte se movió en la cama, y alcanzó el auricular del teléfono—… ¿Sí?

—…

—¡Tío Charlie! ¿Qué ocurre?

—…

—¡Déjese de disculpas, no importa la hora que sea! Si me llama

usted es por algo importante… ¿De qué se trata?

—¿…?

—¿A la floristería? ¿Ahora?

—…

—De acuerdo. Vamos para allá —colgó, y miró a Uno, que la contemplaba impasible—… No tienes que venir si no quieres, mi amor.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Tío Charlie dice que es mejor que vaya a la floristería.

—Tiene que ser algo en verdad importante, para que te haya llamado a estas horas.

—No lo sé, pero es de suponer que sí, claro. Bueno, si prefieres quedarte aquí…

No dijo nada más, porque Número Uno estaba ya abandonando el lecho.

A veces, incluso Brigitte Montfort decía tonterías.

Capítulo II

Simón-Floristería los estaba esperando en la puerta de la floristería, que cerró en cuanto los dos hubieron entrado. No había ni una sola luz en la tienda. Pasaron a la trastienda, donde Pitzer y su ayudante tenían su vivienda además del perfectamente instalado cuartel general del Sector New York de la CIA. Ya habían observado que Simón estaba vestido todavía de esmoquin, es decir, que no se había acostado desde que se despidiera en el apartamento de Brigitte. Tampoco Pitzer se había cambiado de ropa. Estaba en la sala de la radio. Junto a él, también vestido todavía de esmoquin, estaba *Mr*. Cavanagh.

—¿Qué pasa? —exclamó Brigitte.

—Siéntense —señaló Pitzer un pequeño diván—. Siento haberles despertado a estas…

—¡Oh, ya está bien, tío Charlie! —cortó Brigitte—. ¿Qué pasa?

—Ante todo —le tendió Pitzer una hoja de papel—, lea esta nota.

Brigitte tomó el papel, y se colocó de modo que Número Uno pudiera leer lo escrito al mismo tiempo que ella.

La nota decía:

> *Los preparativos para la guerra que significará la caída definitiva del poderío ruso están en marcha. Nuestros especialistas ya tienen prácticamente dispuesto el plan inicial, y sólo esperan su visto bueno y colaboración en la parte final.*

Brigitte alzó la mirada del papel, sobresaltada.

—¿De dónde han sacado esta nota? —exclamó.

—Supongo que es una tontería preguntarle si recuerda usted a Chen Lao.

—¡Claro que recuerdo a Chen Lao! Es el agente chino que

Lonespy hizo asesinar hace unos días en su tienda de artículos artísticos chinos en Pell Street, en Chinatown… ¡Vaya pregunta! ¿Qué ocurre con Chen Lao?

—Es curioso cómo suceden a veces las cosas —reflexionó Pitzer —… Aquel chiflado de Lonespy[2] que se dedicó a capturar y asesinar agentes secretos para llevar a cabo sus… extraordinarios planes, nos hizo un favor, Brigitte. Bueno, al menos en el caso de Chen Lao. Como usted sabe, nos pusimos de acuerdo con la Policía para hacernos cargo del caso, dada la circunstancia de que el chino asesinado, Chen Lao, era un agente del Lien Lo Pou. Así pues, aprovechando la ocasión, nuestros compañeros efectuaron un registro minucioso de la tienda de Chen Lao… Aunque lo teníamos identificado a él como agente del espionaje chino, y lo vigilábamos, siempre podíamos encontrar algo interesante en su cubil…

—¿Y encontraron esta nota? —Mostró su incredulidad Brigitte.

—No exactamente. Bueno, encontramos muchas cosas, algunas de ellas relativamente importantes, pero que no aportaban nada decisivamente nuevo sobre las actividades concretas de Chen Lao. Todo el material fue requisado, clasificado, y enviado a la Central para que fuese estudiado a fondo. Pues bien, entre todo el material de Chen Lao encontramos una carta dirigida al general Elmer Davidson…

Brigitte palideció.

—¡Conozco a Davidson! —exclamó; su incredulidad era enorme —. ¿Está usted diciendo que Chen Lao, un espía chino, mantenía correspondencia con el general?

—Ya le digo que no exactamente. No era correspondencia… Bueno, Chen Lao hacía bien las cosas, incluyendo las relacionadas con su negocio pantalla en la tienda de artículos artísticos chinos. Para aumentar las ventas, había confeccionado un catálogo de obras de arte de procedencia china, que enviaba a clientes selectos. Uno de esos clientes, evidentemente, era el general Elmer Davidson, ya que dentro de un sobre con el membrete de la tienda de Chen Lao, como tantos otros que tenía preparados para enviar por correo como publicidad, había un catálogo para el general. Davidson. Es decir, que Chen Lao enviaba publicidad de sus existencias de objetos de arte chino al general Elmer Davidson.

—Y a muchas otras personas, ¿no?

—Sí. A muchas personas.

—Bien… A mí me parece una actitud comercial inteligente —murmuró Brigitte—. Pero, ¿qué tiene que ver todo eso con esta nota?

Pitzer miró a Cavanagh, que tomó la palabra.

—Causó una cierta sorpresa que el general Davidson tuviese relaciones con Chen Lao aunque fuesen de esa clase, puramente comercial. Davidson hacía frecuentes viajes a Nueva York, así que no tendría nada de extraño que en uno de esos viajes hubiese estado casualmente en la tienda de Chen Lao, le hubiese comprado algún objeto, y hasta hubiese dejado su dirección a Chen Lao para que le enviase su catálogo, o cualquier cosa parecida. Todo esto entra dentro de lo normal…, si no tenemos en cuenta que Chen Lao era un agente chino. Pero como Chen Lao era un espía chino, nuestro personal analítico se interesó de modo especial por esas relaciones… comerciales entre un general de las Fuerzas Armadas norteamericanas y un agente chino. De modo que no sólo abrieron el sobre, y vieron el catálogo, sino que… examinaron ese catálogo a fondo. En realidad, más como rutina que otra cosa.

—Ya. ¿Y…?

—Bueno… Aprovechando los textos del catálogo publicitario, Chen Lao confeccionó un mensaje cifrado que, evidentemente, iba dirigido al general Davidson. Para un observador corriente, el catálogo no contenía nada especial. Pero, para nuestros analistas, y para los especialistas en claves, sí contenía algo especial.

Brigitte parpadeó.

—¿Quiere usted decir, señor, que esta nota —movió el papel que todavía sostenía— es la transcripción del mensaje cifrado que Chen Lao envió en un catálogo a nuestro general Elmer Davidson?

—Sí.

—Pero… ¡eso es imposible! Por lo que yo entiendo de la nota, parece que los chinos están haciendo preparativos para una guerra contra Rusia… ¡y que el general Davidson va a colaborar y dar su visto bueno a esos preparativos!

—Exactamente eso hemos interpretado nosotros.

—Pero… pe-pero… ¡No puede ser! Conozco hace algún tiempo al general Davidson. Es… es un hombre íntegro, inteligente… ¡Un momento! Dice usted que Chen Lao enviaba catálogos a mucha más

gente, ¿no es así? ¿Han analizado los demás catálogos?

—Durante estos días, todos han sido analizados, por si existía algún extraño elemento de casualidad que pudiese hacer creer a nuestros expertos en claves que esos catálogos estaban cifrados. Si todos los catálogos hubiesen mostrado las mismas características al ser analizados, pensaríamos eso: que era una sorprendente y graciosa casualidad en la confección de los textos de publicidad. Pero no. Sólo el catálogo enviado a Davidson ofrece, una vez analizado, una transcripción con ese contenido. De donde se desprende que solamente Davidson era destinatario de un mensaje especial que Chen Lao se disponía a enviar, mezclado con el resto de su inofensiva correspondencia publicitaria. En cuanto al mensaje, yo diría que no ofrece ninguna duda sobre su interpretación. ¿Qué dice usted, Uno?

Número Uno encogió los hombros.

—Parece evidente —murmuró—. Sin embargo, desde hace años siempre desconfío de las evidencias demasiado… evidentes.

—Su cautela es encomiable —asintió Cavanagh—. Sin embargo, no debemos olvidar que el general Davidson es uno de nuestros más calificados estrategas militares. La posibilidad de que sus servicios hayan sido contratados privadamente por los chinos no es descabellada.

—No —admitió Uno—. Desde luego que no. Siempre ha habido traidores, en todas partes. De todos modos, debemos tener en cuenta la nueva situación política entre Estados Unidos y China.

—¿Qué quiere decir?

—¡Yo sé lo que Uno quiere decir! —exclamó Brigitte—. Él se está refiriendo al restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre nuestro país y China. Considerando esto, cabe la posibilidad de que China haya solicitado ayuda estratégica a Washington, y que el general Davidson haya sido encargado de atender ese asesoramiento de índole militar.

—Vamos, Brigitte —gruñó Pitzer—, eso no es posible. Si las cosas fuesen como usted dice, hay medios mucho mejores para asesorar a los chinos que utilizando como intermediario a un simple agente del Lien Lo Pou que se comunicaría utilizando una clave con el general Davidson. No tiene usted por qué resistirse a aceptar una evidencia, por mucha amistad que tenga con el general.

—Bien… Es que… Bueno, no sé… ¡Debe de haber una explicación para todo esto!

—Sin duda que la hay —dijo secamente Cavanagh—. En cuanto a su bondadoso deseo de hallar algo que justifique la actuación del general Davidson, voy a darle el golpe de gracia: nuestros directivos se han puesto en contacto con el Pentágono y con la Casa Blanca, y las negativas han sido rotundas. Elmer Davidson no tenía ninguna orden de colaborar con los chinos en nada. No tengo que insistirle más a una espía de su categoría para que se deje de sentimentalismos y acepte los hechos, ¿verdad?

—No, claro… Bueno, creo que si hablásemos discretamente con el general Davidson… ¡Yo podría ir a Washington, a su casa, y arreglármelas para…!

—Si quiere conversar con el general Davidson no tiene que ir a su domicilio en Washington, sino a las Hawaii.

—¿Qué?

—El general Davidson partió hace dos días en avión hacia Honolulu, con su familia, para pasar allí las vacaciones de Navidad.

—¿Davidson está… en Honolulu?

—Eso he dicho. Bueno, Brigitte, voy a explicarle cómo están las cosas. Después de su amable invitación a cenar, Mc Gee y yo nos fuimos a nuestro hotel; él todavía está allí, pues estas cosas no forman parte de su trabajo. Pero yo, en cuanto Pitzer me llamó por teléfono para decirme que ocurría algo serio, me vine aquí. Resulta que desde la Central habían estado llamando a Pitzer para que me avisara, y finalmente, cuando él regresó aquí, pudo atender la llamada. Los datos recibidos, incluido el previo rastreo del general Davidson, son los que le hemos comunicado. En mi opinión, ésta es una situación delicada… Estamos hablando de un general norteamericano, no lo olvidemos. En estas circunstancias, yo tengo dos alternativas. Una, proceder del modo habitual movilizando a nuestros hombres en las Hawaii para que vigilen a Davidson. Pero, si hacemos esto, los chinos se darán cuenta de que el general está bajo control, y, entre las muchas decisiones que pueden tomar, está la de eliminarlo a fin de que de su boca no salga ninguna información. Recordemos, por favor, que estamos hablando de unos preparativos para entablar una guerra contra Rusia. Así pues, en principio, me he inclinado por mi segunda alternativa: recurrir a la

agente Baby… una vez más. Honradamente, creo que será lo más discreto, y, todos lo sabemos —Cavanagh se permitió una sonrisa—, al mismo tiempo será lo más eficaz.

—Lo que significa que, en pleno día de Navidad, ustedes esperan que yo tome el avión hacia las Hawaii —murmuró Brigitte.

—Nuestros hombres están consiguiendo *dos* pasajes en avión para San Francisco, donde tendrán dispuesto el vuelo hacia Honolulu. Como siempre, usted puede negarse a hacer el trabajo, pero —Cavanagh sonrió de nuevo—, según sabemos muy bien todos sus amigos, a usted le encanta el sol. En las Hawaii están en pleno verano ahora.

—En verano llueve mucho —refunfuñó Brigitte.

—Pero no hace frío. Y usted detesta el frío. Además, no siempre llueve. También luce el sol. Vamos, Brigitte… ¡estamos hablando de unos preparativos para la guerra!

—Eso es descabellado.

—¿Por qué? Como bien ha recordado Número Uno, Estados Unidos y China han reanudado sus relaciones diplomáticas… ¿No podía ser esto lo que los chinos estaban esperando para enfrentarse a Rusia? No deben de tener la menor duda de que si esa guerra estallase Estados Unidos apoyaría a China… ¿Conoce algún medio mejor para iniciar la Tercera Guerra Mundial?

Los cuatro hombres miraban fijamente a Brigitte, que a su vez los fue mirando uno a uno, dejando en último lugar a Número Uno, cuya expresión no podía ser más inescrutable.

—¿Mi amor…? —murmuró la divina.

—Es absurdo que me preguntes a mí algo que tú ya tienes decidido —dijo Número Uno—. Ninguno de los presentes dudamos de que irás a las Hawaii.

—Pero tú has venido a Nueva York para estar conmigo…

—¿Y eso te retendría aquí…, sabiendo que en otra parte se está cociendo una guerra mundial?

—Me estás poniendo a prueba, ¿verdad? —Sonrió Brigitte—. Bueno, pues yo voy a hacer lo mismo contigo: si tú quieres, si no te importa esa guerra, me quedaré en Nueva York, contigo.

Capítulo III

Instalado en una mesa del comedor del Kaimana Beach Hotel, en la Kalakaua Avenue, en el lujoso distrito de Waikiki, en Honolulu, el general Elmer Davidson se quedó de pronto con los ojos muy abiertos, con la expresión de quien no da crédito a lo que está viendo. Al otro lado de la mesa, frente a él, su esposa se dio cuenta, y alzó las cejas con gesto interrogante.

—¿Qué ocurre, Elmer? —se interesó.

Mary Ann y Willy Davidson, los jóvenes y atractivos hijos del general, también miraron a éste, en el momento en que exclamaba:

—¡No puedo creerlo!

—¿Qué pasa, papá? —preguntó la encantadora Mary Ann, dieciocho años muy prometedores.

Su hermano, un año mayor que ella, fue menos discreto, pero más práctico. Volvió la cabeza hacia el lugar donde estaba mirando su padre con aquel gesto de alegre sorpresa. Enseguida, emitió un silbidito, miró a su padre rápidamente, y le guiñó un ojo.

—Vaya, papá —comentó festivamente—, no se puede negar que tienes buen gusto: casi es tan bonita como mamá.

Esto, ciertamente, era una simpática galantería de Willy Davidson para con su madre, Gladys Davidson, que sin duda alguna era una espléndida y bella mujer a sus cuarenta y cinco años. Pero, desde luego, no pasaba de ser una galantería, porque la mujer que estaba mirando el general era… diferente. En primer lugar, era más joven que Gladys Davidson. Luego, estaba lo demás: más alta, más hermosa, más elegante… Su bellísimo rostro parecía resplandecer con la luz del par de ojos más grandes y azules del mundo; boquita sonrosada, frente despejada, nariz recta, un gracioso hoyuelo vertical en la voluntariosa barbilla… Todo ello enmarcado en una cabellera negra, suavemente ondulada, de reflejos azulados.

Una aparición tan fantástica que, por supuesto, no había sido el

general Davidson el único en percatarse de su presencia. La totalidad de los hombres que estaban sentados dando frente a la entrada al comedor estaban atónitos, y sus expresiones alertaron al resto, que se volvieron hacia la recién llegada, perdida la discreción en brazos de la curiosidad…

—Disculpadme un momento —pidió Davidson, poniéndose en pie.

Justo en ese momento, el par de ojos azules se enfocaban hacia el general.

Y en la sonrosada boquita apareció un gesto de sorpresa, que enseguida se convirtió en una amable sonrisa. Davidson llegó apresuradamente ante la recién llegada, tendiendo calurosamente la mano y exclamando:

—¡Señorita Montfort! ¡Qué grata sorpresa!

—Lo mismo digo, general —aceptó Brigitte Montfort la fuerte y ruda mano masculina—. Es usted la última persona que habría esperado encontrar en Honolulu.

—Bueno, no hay para tanto —rió Davidson—… ¡A mí también me gusta viajar! ¿Está usted sola?

—Pues sí… He llegado hace poco más de una hora. Tiempo justo de instalarme en una *suite* y arreglarme un poco.

—¿Un poco? —sonrió simpáticamente Davidson—. Bueno, lo admito, porque usted no necesita arreglos… ¿Me permite decirle que está bellísima?

—Me parece —rió Brigitte— que ya lo ha dicho, general. Es usted muy amable.

—Yo también voy a pedirle que sea usted amable, señorita Montfort… ¿Le importaría no llamarme general? ¡Estoy aquí en viaje personal! De incógnito, como suele decirse.

—¿Debo llamarle señor Davidson?

—Más amable me parecería que me llamase Elmer.

—Ningún inconveniente. Bueno… Caramba, no me diga que ha hecho usted una escapadita de granujilla para aprender a bailar con una nativa como maestra, Elmer.

—Mi audacia no llega a tanto —rió de nuevo Davidson—. Estoy con mi familia…, que por cierto la está mirando a usted quizás especulando sobre nuestras relaciones. Mi esposa quizás haya reconocido a la famosa periodista, pero dudo que lo hayan hecho

mis hijos… Tienen ocupaciones y diversiones muy personales. ¿Aceptaría cenar con nosotros?

—Pues… No me gusta molestar…

—¡Qué barbaridad! ¡Estarán encantados de conocerla, se lo aseguro! Y de paso, tranquilizaremos a Gladys. No es que sea muy celosa, pero sí algo desconfiada.

Riendo los dos, se acercaron a la mesa del general. El joven Willy se puso en pie, más pasmado que antes por la belleza de la bellísima desconocida.

—Mi esposa Gladys, mi hija Mary Ann, y mi hijo William… Queridos, os presento a la señorita Brigitte Montfort, la period…

—Ah, sí —exclamó Gladys—… ¡Ya decía yo que la conocía! He visto fotografías suyas en revistas, y en periódicos… Es usted muy famosa, señorita Montfort.

—Y muy bella —dijo Willy Davidson.

—Y muy elegante —rió la encantadora Mary Ann. Brigitte parpadeó como confundida.

—Son ustedes muy amables. Y estoy tan turbada que no se me ocurren palabras para corresponder adecuadamente a las suyas.

—Cuando se le ocurran, me avisa —pidió Willy—… ¡Me encantará oírlas!

—He invitado a la señorita Montfort a cenar con nosotros —dijo Davidson, divertido por el desparpajo de su hijo—, con lo que os garantizo una velada de lo más interesante. Pronto os daréis cuenta de que no son palabras lo que le falta a la señorita Montfort. Willy, ¿quieres pedir una silla para ella?

Willy Davidson cedió su silla a Brigitte, y se volvió para hacer una seña a uno de los camareros, que interpretó el gesto con toda exactitud, y acercó un asiento para el muchacho.

—Lleva usted un vestido precioso —dijo Gladys.

—¿Le gusta? ¡Me alegra oírselo decir! —exclamó Brigitte—. El juicio de una mujer suele ser más certero que el de un hombre, en estas cosas.

—Pues yo soy hombre —dijo Willy—, y también me gusta su vestido.

—Me parece, Willy, que a ti te gusta algo más que el vestido de la señorita Montfort —rió Mary Ann.

—¡Es cierto! —admitió el muchacho—. ¡Acabo de enamorarme!

—¿De mi vestido? —preguntó Brigitte.

Rieron todos. Como al descuido, Brigitte dirigió una indiferente mirada hacia una mesa ocupada por un hombre solo; un sujeto de buena estatura, hombros anchos y finos, de impecable esmoquin blanco. Su anguloso rostro estaba muy bronceado por el sol, de modo que hacía destacar las abundantes canas de sus sienes, que le conferían un gran atractivo. Era un rostro hosco, hermético, adornado con un grisáceo bigote y espesas cejas hirsutas…

—¿Ha venido a Honolulu a trabajar? —se interesó Gladys.

—¡Cielos, no! —Se espantó cómicamente Brigitte—. Estoy aquí para pasar unas Navidades soleadas. Si hay algo que deteste es el frío Así que ayer noche, sin más, decidí pasar unos días en las Hawaii, reservé un billete de avión, y ¡aquí estoy!

—O sea, que se ha pasado el día de Navidad viajando —dijo Elmer Davidson—… De lo cual nos alegramos mucho, pues así tendremos el placer de disfrutar de su compañía.

—Muy agradecida. ¿Y ustedes? ¿También han decidido huir de las brumas invernales?

—¡Ésa ha sido la idea! —rió una vez más Davidson—. Hacía tiempo que les venía prometiendo algo así a mi familia, y me pareció que las Navidades y el Año Nuevo eran una buena ocasión para cumplir mi promesa.

—Que ya era hora, papá —refunfuñó Mary Ann.

Brigitte la miró, sonriente. Por un instante, su mirada pasó por encima del hombro de la muchacha, y fue hacia un hombre de apenas cuarenta años, también solo en una mesa, que en aquel momento estaba encendiendo un cigarrillo. Era un hombre atractivo, que no vestía de esmoquin, pero sí con discreta elegancia…

—¿Sabe? —Oyó la voz de Willy—: ¡me parece que todos estamos deseando saber cómo se conocieron usted y mi padre!

—Vamos, Willy, no seas impertinente —le reprendió sonriente Gladys—… Tu padre me ha hablado en más de una ocasión de la señorita Montfort. Incluso creo recordar que me dijo que la había conocido en la Casa Blanca.

—Así es —asintió Brigitte—. Nos hemos visto allí varias veces desde hace algunos años. Mmm… Yo diría que bastantes. Si no recuerdo mal, todavía estaba el señor Nixon en la presidencia.

—Exacto —asintió también Davidson—. Del cual, por cierto, parecía usted muy buena amiga. ¿Continúa siéndolo?

—Yo jamás abandono a mis amigos —murmuró Brigitte—. Puedo estar en desacuerdo con lo que hacen o dicen, pero jamás los abandono.

—¿Sabe usted que al señor Nixon le tiraron huevos hace unas semanas en Francia… o en Inglaterra, no recuerdo? —rió Willy.

—Sí, lo sé. Ésos son de los que abandonan a sus amigos.

—Lo que hizo Nixon no estuvo bien —murmuró Gladys.

—Desde luego que no —la miró sorprendida Brigitte—. Pero, señora Davidson, yo he conocido a varios presidentes, y todos han hecho cosas que no estaban demasiado bien. No estoy disculpando al señor Nixon, en absoluto, ya que personalmente, poco después de su… dimisión, tuve una entrevista con él durante la cual le censuré claramente su acción. Lo que estoy tratando de decir es que todos podemos en un momento u otro hacer algo que no esté bien.

—Eso es muy comprensivo por su parte.

—Procuro ser comprensiva —sonrió levemente Brigitte—. Cuando menos, siempre intento comprender los motivos que una persona tiene para hacer tal o cual cosa. A veces se hacen cosas… rarísimas, pero siempre hay motivos para hacerlas. Buenos o malos, pero motivos al fin.

—Supongo —murmuró Davidson— que es esa comprensión la que durante estos años le ha estado ganando la amistad de los sucesivos presidentes.

—Comprensión y ductilidad —lo miró Brigitte—. Todos podemos ser maravillosos, pero cada uno a nuestra manera. Lo importante es conocer de qué manera es maravillosa cada una de las personas que conocemos.

—Caramba —dijo Willy—… Esas palabras merecen unos minutos de reflexión, me parece a mí.

—Pues reflexiona —rió Mary Ann—. Yo, en estos momentos, lo que deseo es cenar. Pero no sé qué pedir.

—La señorita Montfort nos orientará —dijo Davidson—. Ella ha viajado mucho por todo el mundo, y estoy seguro de que sabrá recomendarnos el menú adecuado. ¿No es así?

—Podría hacerlo —sonrió Brigitte—, pero también puedo decirles el truco gracias al cual yo he aprendido a seleccionar

menús en todo el mundo.

—¿Cuál es el truco? —se interesó la esposa del general.

—Es sencillísimo. Cuando llego a un sitio y no sé qué pedir, llamo al *maître* y le digo que confío en él, que me pongo en sus manos, ya que desconozco las comidas o platos especiales del lugar. El *maître* se siente satisfecho y agradecido, y, casi siempre, me procura un menú delicioso, con los vinos adecuados. De este modo, cuando vuelvo a ese lugar, sé muy bien lo que tengo que pedir… sin recurrir a nadie. Pero, señora Davidson… ¿nunca había estado usted en las Hawaii hasta ahora?

—Le parecerá una tontería, pero no.

—Bueno, siempre hay una primera vez. Recuerdo que… ¡Oh, he olvidado algo arriba! ¿Me perdonan unos minutos?

Elmer y Willy Davidson se pusieron rápidamente en pie.

—Naturalmente —dijo el primero.

—Vuelvo enseguida.

Brigitte se dirigió hacia la puerta del comedor, sin fijarse en nadie…, al menos, aparentemente. Llegó al vestíbulo del hotel, y fue directa a conserjería, donde pidió su llave. Cuando se la dieron, abrió el bolsito de mano, como dispuesta a guardarla en éste, pero enseguida hizo un gracioso gesto y exclamó:

—¡Pero si está aquí…! —Cerró el bolsito y devolvió la llave, sonriendo—. Creí que había olvidado una cosa, pero no es así. Muchas gracias.

Regresó al comedor, pero al entrar en éste no fue directa hacia la mesa donde la esperaban los Davidson, sino que se desvió hacia el largo bufé donde se veían algunos alimentos dispuestos. Allí, de pie contemplando los manjares, estaba el hombre alto y bronceado de espeso bigote y cejas hirsutas.

Como al azar, Brigitte se colocó a su lado, pero sin mirarlo.

—¿Has visto al hombre que estaba tomando fotografías del general y de mí? —murmuró, en ruso.

—Sí.

—Ah, bien… Sólo quería asegurarme.

Se alejó despaciosamente del hombre, mirando los manjares. Luego, regresó a la mesa de los Davidson, sin haber mirado ni una sola vez al sujeto de las cejas hirsutas, que todavía estuvo ante el bufé un par de minutos más, como eligiendo muy cuidadosamente

su cena.

* * *

Este hombre fue el primero en terminar de cenar, pese al cuidado que había puesto en su elección. Abandonó el comedor, salió al vestíbulo, se sentó en una de las butacas, y encendió un cigarrillo, tras lo cual tomó una revista de la cercana mesita y se dedicó a leer.

Unos siete u ocho minutos más tarde, el hombre que no vestía de esmoquin, pero sí con discreta elegancia, aparecía en el vestíbulo, caminando hacia la salida. Por encima de las páginas de la revista, Número Uno le observó. Esperó unos segundos a que el atractivo sujeto hubiese salido, dejó la revista, y salió tras él. Enseguida divisó su amplia espalda, alejándose. Al parecer, el hombre se dirigía hacía Prince Kuio Beach Park. ¿Pensaba ir a pie todo el tiempo? ¿O tenía el coche cerca de allí?

En la duda, y para prevenir cualquier contingencia, Número Uno fue adonde había dejado el coche que había alquilado en el aeropuerto, se sentó ante el volante, y arrancó. Unos metros más allá detuvo el coche, pues estaba alcanzando a su perseguido… Se quitó la blanca chaqueta, le dio la vuelta, y se la puso de nuevo. Ahora era negra.

De nuevo emprendió la lenta persecución del sujeto, que estaba llegando, en efecto, a Prince Kuio Beach Park. ¿Le esperaba alguien en el parque, alguien a quien se proponía entregar las fotografías tomadas del general Davidson, su familia, y Brigitte? Si era así, había que intervenir rápidamente, porque si había algo que Número Uno no estaba dispuesto a permitir era que las fotografías de Brigitte circulasen por ahí en compañía del presunto traidor general Davidson.

Así que Uno se apeó del coche, y continuó a pie tras el hombre atractivo, que ya había entrado en el parque. Más allá se veía el mar, reluciendo como en color cobre, debido al reflejo de la luna, que parecía flotar sobre las aguas. El hombre había apretado el paso, y, de pronto, Número Uno comprendió lo que ocurría: el sujeto no tenía ninguna cita allí, pero había ido al parque para allí despistar a cualquiera que pudiese seguirlo…

Cosa que no consiguió.

De pronto, sorprendiendo incluso a Número Uno, dos hombres de baja estatura aparecieron por detrás del sujeto atractivo, y se acercaron rápidamente a él. En la mano de uno de los recién aparecidos pareció nacer una línea de fuego cuando el tono cobrizo de la luna se reflejó en el cuchillo que movió rápidamente.

Un profundo gemido brotó de la boca del hombre cuando el cuchillo se hundió en su espalda, a la altura de lo riñones. Entonces, el otro tipo de baja estatura utilizó también su cuchillo, clavándolo en la misma zona elegida por su compañero… El hombre atractivo cayó hacia delante, y quedó tendido de bruces, inmóvil.

Rápidamente parapetado tras unos arbustos de hibiscos, Número Uno había sacado su pistola, pero tras apuntar hacia los dos sujetos de baja estatura, desistió de disparar. Sabía que el hombre que había tomado las fotografías estaba muerto; lo sabía con toda certeza, sabía muy bien dónde y cómo había recibido las dos cuchilladas… Se mantuvo inmóvil, con la pistola cruzada ante el pecho. Oyó el rumor de una veloz y breve conversación entre los dos asesinos, que se habían arrodillado junto a su víctima, descansando las nalgas sobre los talones.

Quizá fue esta postura, quizás una súbita comprensión sobre la baja estatura de los dos asesinos: eran japoneses.

Esta revelación hizo alegrarse a Número Uno de no haber disparado. ¿Japoneses? ¿Qué pintaban los japoneses en todo aquello? El hombre asesinado, seguramente era ruso. Esto no sólo era más que aceptable, sino incluso lógico. Pero… ¿qué lógica tenía la intervención de los japoneses?

Éstos se pusieron en pie, y se alejaron rápidamente. Cuando salieron del parque, Número Uno lo hizo tras ellos, que emprendieron el regreso hacia el Kaimana Beach Hotel…, pero se desplazaron muy pocos segundos a pie. Se metieron en un coche, y Uno comprendió que habían seguido al hombre atractivo igual que él, pero tan absortos en la persecución que no habían reparado en su presencia; lo cual, a fin de cuentas, era lo mismo que le había ocurrido a él: había estado tan pendiente de la víctima que no se había percatado de que otro coche iba también en su persecución.

La luz de la avenida había iluminado ya las facciones de los dos asesinos, que en efecto, eran japoneses. Partieron en su coche, y Uno corrió hacia el suyo, lo puso en marcha, y partió tras ellos.

Circularon por Kalakaua Avenue hasta la confluencia con Ala Moana, Enfilaron por esta avenida, pasaron frente a Yacht Harbor, y poco después frente a Ala Moana Park. Apenas dejado atrás este parque. Uno comprendió que estaban llegando a destino.

Y, en efecto, segundos más tarde, el coche perseguido abandonaba Ala Moana, desviándose hacia la izquierda, es decir, hacia Kewalo Basin. Detuvieron el coche, se apearon rápidamente, y se dirigieron a buen paso hacia el borde del embarcadero.

Poco después, desde éste, los dos japoneses saltaban a la cubierta de una lancha pintada de azul y blanco en cuya proa estaba pintado el nombre de *Starlett*.

Capítulo IV

Kondo y Nishida se metieron enseguida en la alargada cabina de la lancha, tras encender la luz. Había una reducida cocina, un par de literas, un compartimiento diminuto de aseo… Los dos japoneses se acercaron enseguida a una de las literas, y comenzaron a colocar sobre ella lo que habían requisado de los bolsillos de su víctima: pañuelo, billetera, encendedor, cigarrillos, llaves, monedas…

—El encendedor —dijo Nishida—. Debe de contener una microcámara… Ten cuidado.

—Quizá deberíamos llevarlo todo tal como está.

—No. Si hay fotografías tendremos que revelarlas, entregar hecho todo el trabajo… Mira a ver quién era el tipo que vigilaba al general.

Kondo abrió la billetera, y echó un vistazo a su contenido.

Un contenido no sólo reducido, sino en verdad corriente: dinero y un permiso de conducir, a nombre de Abel Conrad.

—Parece que era americano —murmuró Kondo, tendiendo el permiso de conducir a Nishida.

Éste tomó el documento, lo miró atentamente, y acabó por encoger los hombros.

—Cualquier profesional puede conseguir una documentación como ésta… Yo insisto en que estaba fotografiando al general.

—¿Y si te has equivocado?

—Si me he equivocado, habremos matado a un americano llamado Abel Conrad…, lo cual no va a quitarnos el sueño, ¿verdad? Pero no creo que fuese americano. ¿Para qué podrían querer los americanos unas fotografías del general Davidson? Tienen todas las que quieran, y poseen un expediente completo de él, lo saben todo sobre él… ¿Para qué fotografiarlo? Y nada de equivocaciones: lo fotografió esta tarde, estoy seguro, cuando el general se encontró con Yin en Ala Wai.

—En ese caso, ya debimos atacarlo entonces.

—Era mejor esperar a ver con quién se entrevistaba luego. Pero no se ha puesto en contacto con nadie… ¿Sabes por qué creo que ha vuelto a fotografiar el general?

—¿Por qué?

—La mujer… La mujer de los grandes ojos azules. Está claro que Abel Conrad estaba dispuesto a fotografiar a todo aquel que hiciese contacto con el general.

—Era una hermosa mujer —sonrió Kondo—. Me gustaría tenerla aquí ahora.

—Y a mí. ¿Qué más hay en la billetera?

—Dinero. Nada más.

—¿Ni una fotografía, ningún otro documento…?

—No. Nada más.

—Bien, parece que sólo tenemos el encendedor. Vamos a revelar las fotografías, y…

Mientras hablaban, se volvieron hacia la salida de la cabina. Sus facciones sufrieron una leve sacudida, pero eso fue todo. Ni el más apagado respingo brotó de sus bocas. Se quedaron mirando con expresión inescrutable al hombre que les apuntaba con una pistola.

—Quítense las chaquetas —ordenó Número Uno, cuya expresión era tan inescrutable como la de los japoneses—… Con todo cuidado y sin prisas.

—¿Quién es usted? —preguntó Kondo—. ¡No tiene derecho…!

—Cállese.

—Si pretende usted…

—Le he dicho que se calle. En cuanto a mis derechos, son como mínimo los mismos que los de ustedes. Lo que significa que si ustedes han matado, yo también puedo hacerlo. ¿Está claro?

—Pero… ¿qué quiere? ¿Quién es usted?

—Lo primero que quiero es que se quiten las chaquetas, para ver si llevan algún arma aparte de sus navajas. Luego, conversaremos unos minutos…, pero en inglés, como ahora. Si vuelven a hablar entre ustedes en japonés les meteré una bala en la cabeza.

—¿Es usted americano?

Número Uno apretó los labios.

Su aspecto físico era el de un hombre de más de cincuenta años, pero algo debieron de ver en sus ojos los dos japoneses, porque se

apresuraron a obedecer. Se quitaron las chaquetas, de modo que Uno pudo comprobar que no llevaban pistolas. Movió la suya.

—Vayan hacia el fondo, y mantengan las manos sobre la cabeza. Eso es… Y ahora, ¿de qué han estado hablando?

—De nada.

Los labios de Número Uno se curvaron en seca sonrisa. Una sonrisa que casi hizo respingar a los dos japoneses.

—Hablo algunas palabras de japonés —dijo—, pero del todo insuficiente para entender lo que han dicho. Lo que he diferenciado ha sido precisamente lo que no era japonés, es decir, el nombre de Abel Conrad, del general Davidson, y la mención que han hecho de algo llamado Yin Ala Wai. Por lo que yo sé, Ala Wai es un bulevar, por encima de Kalakaua Avenue, pero ignoraba que la palabra Yin interviniera en el nombre de ese bulevar. ¿Qué es Yin? ¿O… quién es Yin?

Como puestos de acuerdo, Kondo y Nishida se pasaron la lengua por los labios. Y eso fue todo.

—No sean estúpidos —dijo secamente Uno—. ¿Creen que no soy capaz de matarlos? Quiero saber quiénes son ustedes, quién o qué es Yin, y por qué están vigilando al general Davidson. ¿Acaso no entienden bien mi inglés?

—No le diremos nada —susurró Nishida.

—¿No? ¿Ni siquiera sus nombres?

—Nada.

La negra mirada de Número Uno fue de uno a otro japonés. De pronto, apuntó a Nishida con la pistola a la cabeza. El japonés palideció, pero enseguida sonrió despectivamente. El ceño de Número Uno se frunció.

Luego, su dedo presionó el gatillo de la pistola. Plop, chascó ésta.

La bala alcanzó a Nishida en el centro de la frente, la perforó para alojarse en el cerebro, y tiró al japonés, instantáneamente muerto, hacia el rincón de proa de la cabina, donde se arrugó y quedó caído como un guiñapo.

Para entonces, la pistola apuntaba ya a la cabeza de Kondo, cuya palidez era más que notoria.

—¿Su nombre? —preguntó fríamente Uno.

Kondo movió la mandíbula inferior…, pero no fue para hablar.

Número Uno captó el extraño movimiento, como si los dientes del japonés acabasen de triturar algo, y la sorpresa lo dejó paralizado un instante antes de exclamar:

—¿Está loco? ¡Esos métodos ya no se usan en…!

Los ojos de Kondo giraron velozmente en las órbitas, mostrando la córnea. Por un instante, parecieron dos huevos incrustados entre los párpados. Casi enseguida, Kondo se desplomó, como un saco súbitamente vaciado de su contenido.

Durante algunos segundos Número Uno estuvo contemplando incrédulamente a Kondo. Incredulidad y desconfianza, desde luego, pues quizá todo aquello no pasaba de ser un truco del nipón. Pero, transcurridos esos segundos, la ligera espuma apareció en un lado de la boca de Kondo, y Uno movió la cabeza, como aceptando la realidad.

Se acercó a Kondo, y, todavía precavido, tocó con dos dedos un lado del cuello. Ningún latido. El japonés había muerto. Es decir, se había suicidado partiendo con los dientes la cápsula de cianuro o cualquier otro veneno que había llevado entre aquéllos. Pero… ¿realmente esto era posible, a aquellas alturas? ¿Todavía había hombres capaces de suicidarse por algo como el espionaje?

Lo cierto, certísimo, era que el japonés había muerto… Uno se acercó a Nishida, lo arrastró para poder colocarlo boca arriba en el suelo, y, tras sacar una navaja del bolsillo de una chaqueta, la colocó entre las mandíbulas del japonés, y la usó como palanca, separándolas. Movió cuidadosamente la cabeza de modo que la luz del techo penetrase en la boca, y vio la pequeña cápsula adherida entre dos muelas en la parte interna, tocando la lengua. Pasmoso en verdad. Retiró la cápsula, se la guardó, y miró a uno y otro japonés.

Japoneses.

¿Qué pintaban los japoneses en aquello? Y, desde luego, no unos japoneses cualquiera… ¡Desde luego que no! Dos aventureros cualquiera, ni siquiera dos espías cualquiera, andan por ahí con una cápsula de veneno en la boca, en los tiempos actuales. Los tiempos de los kamikaze, los pilotos suicidas, ya habían quedado atrás… ¿O no?

Reunió todo lo que encontró en los bolsillos de los dos japoneses, echando un vistazo a sus documentos. Uno se llamaba Takeo Nishida, el otro, Isamu Kondo. Turistas. ¡Turistas!

Colocó sobre una litera el pañuelo de Abel Conrad, extendido, y colocó encima todo lo que había requisado, haciendo un paquete que sostuvo con la mano izquierda. Luego, miró alrededor, con gesto escéptico; tenía la suficiente experiencia para saber que no encontraría en aquella lancha llamada *Starlett* nada que valiese la pena. Es decir, lo único que valía la pena allí, era precisamente el nombre de la lancha, por medio de la cual podía localizarse al propietario…

Tras unos segundos de reflexión, Número Uno decidió que eran demasiadas cosas para que se encargase de ellas un hombre solo, por muy Número Uno que fuese.

Sobre todo, teniendo en cuenta que Brigitte estaba sola por ahí, y que quizá las cosas se complicasen para ella…

* * *

—Ha sido una velada encantadora —aseguró Brigitte—… Les estoy muy agradecida por su compañía, Gladys.

—¡Pero qué dice, querida…! Lo hemos pasado divinamente con usted. ¿No es cierto, muchachos?

Willy y Mary Ann asintieron con entusiasmo, mientras su padre sonreía.

—¡Ya lo creo! —exclamó Willy—. La verdad es que temía que me iba a aburrir mucho por aquí, sin conocer a nadie… ¿Le gusta a usted el surf, señorita Montfort?

—Me encanta —aseguró Brigitte.

—¿De veras? ¡Pues mañana podríamos practicarlo…! Mary Ann y yo estaríamos encantados si usted…

—Vamos, vamos, Willy —rió Brigitte—… ¡Estoy segura de que tanto Mary Ann como tú encontraréis compañía más adecuada que la mía!

—¿Más adecuada? ¿Qué quiere decir, en qué sentido?

—Bueno… Apostaría cualquier cosa a que Waikiki está llena de jóvenes de ambos sexos con los que congeniaréis rápidamente… ¡Pero si la mayoría son del continente! Y en todo caso —sonrió maliciosamente—, tanto las nativas como los nativos son muy simpáticos…

—Sí, pero…

—No seas pesado, Willy —le interrumpió su madre—. Brigitte tiene razón: a ella la deben de atraer más otras cosas.

—Ya nos iremos viendo —prometió la divina espía—. Bien, entre el viaje, la cena, el paseo y todo eso, la verdad es que estoy muy fatigada. Buenas noches y gracias de nuevo.

—A usted —murmuró Davidson—. Hasta mañana.

Se separaron, Brigitte en dirección al ala donde estaban ubicadas las *suites*, preparada ya la llave para entrar en la suya, la número 9. Cuando iba a introducir la llave en la cerradura, vio el cabello cruzado en el orificio, y sonrió. Lo retiró, abrió, entró, y, sin encender la luz fue directa al dormitorio.

Se tendió en la cama, junto a Número Uno, cuya silueta era perfectamente visible al resplandor ahora suavemente anaranjado que llegaba desde la terraza. Giró hacia él, y le besó en los labios.

—¿Cómo te ha ido? —murmuró.

—Tengo una mala noticia para ti —murmuró él—: el hombre que os fotografió se llamaba Abel Conrad. Lo asesinaron a cuchilladas en los riñones dos japoneses.

—¿Crees que… que Abel Conrad era un… un Simón?

—No lo sé. Pero parece probable, ¿no?

—Yo diría que no —se resistió Brigitte—. Cuando partimos de Nueva York, la cosa quedó bien clara: nada de que los Simones de aquí interviniesen. Por lo tanto, ese Conrad no podía ser un agente de la CIA.

—Bueno, me alegraría por ti.

—¿Qué ha pasado exactamente?

Cuando Número Uno terminó su explicación, los dos permanecieron en silencio durante casi un minuto. Por fin, Brigitte suspiró:

—Me parece que no vamos a tener más remedio que recubrir a mis Simones. ¿Has revelado las fotografías de Abel Conrad?

—Todavía no. Hoy es Navidad, ¿recuerdas? O lo era hasta hace unos minutos… No es fácil encontrar un lugar donde estén dispuestos a trabajar. Además, pensé que quizá preferirías que se encargasen de eso tus niños. Y hay más cosas para las que necesitaremos su ayuda, a menos que quieras tenerme tan ocupado que no podamos estar en contacto.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, ellos podrían averiguar a quién pertenece la lancha *Starlett*, quizá facilitarnos alguna información sobre los dos japoneses suicidas, y, por supuesto, te dirán si Abel Conrad era uno de tus Simones o no.

—No creo que lo fuese.

—Bueno, en ese caso yo apostaría que era ruso. Y si ese Conrad era un ruso, la cosa está muy mal.

—Sí… Es cierto. Si era un ruso, significaría que los rusos han detectado la presencia de Davidson aquí, y que lo estaban vigilando… ¡Japoneses suicidas! ¿Tú entiendes esto?

—Más o menos, como tú.

—¿Como yo? ¿Y qué es lo que entiendo yo?

—Imagino que tienes presente que hace muy poco fue firmado un Tratado de Amistad entre China y Japón.

—Sí… Eso fue antes del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre China y Estados Unidos. Está claro que China ha conseguido… interesantes amigos en poco tiempo.

—A poco que pensemos en ello, los rusos no deben de estar precisamente satisfechos por estos últimos tratados y relaciones. No son tan tontos como para no darse cuenta de que frente a ellos se está formando un bloque de países nada desdeñable: China, Japón y Estados Unidos.

—¿Y tú crees que China… puede estar preparando esa guerra contra Rusia confiando en que Japón y Estados Unidos la ayudarán?

—¿Tú no lo crees?

—Digamos que… parece algo plausible.

—Bueno, dilo con las palabras que quieras, pero la idea es la misma, ¿no?

—Sí, es la misma idea —susurró Brigitte—… Creo que no vamos a tener más remedio que recurrir a los Simones. Voy a llamar ahora mismo.

Diez minutos más tarde, utilizando la radio de bolsillo que sacó de su maletín rojo con florecillas azules, la agente Baby había llegado a un acuerdo con Simón-Honolulu, quien no sólo dispondría las investigaciones en torno a la lancha *Starlett*, sino que haría lo mismo sobre los japoneses llamados Takeo Nishida y Isamu Kondo… Aparte de esto, con «muchísimo gusto» efectuarían contacto personal con Número Uno para facilitarle los medios de

revelar rápidamente las microfotos que contenía el encendedor propiedad de Abel Conrad. Y una buena noticia para Baby: Abel Conrad no era un agente de la CIA.

—Por lo tanto —dijo Brigitte, ya conversando de nuevo con Número Uno—, tenemos que es ruso.

—No nos apresuremos tanto a dar eso por sentado.

—Pero tú mismo has dicho que si no era un Simón, era un ruso.

—Dije que apostaría que era un ruso…, pero no estoy seguro de que ganase la apuesta. Sabemos que no es norteamericano, así que podría ser ruso. Pero una cosa me sorprende de esto: ¿estaba solo en Honolulu ese Conrad? Se supone que debe de haber por estas islas no pocos agentes rusos, ¿verdad?

—Se me ocurre que quizás Abel Conrad, dando por sentado que sí era ruso, tenía la orden de no contactar con sus camaradas de aquí salvo que fuese imprescindible. Posiblemente fue enviado en pos de Davidson desde otro lugar cuando la MVD supo que el general venía a las Hawaii.

—Eso tiene sentido. ¿Qué piensas hacer respecto al general?

—No sé. Tenía pensado arreglármelas para ir presionándolo; pero puesto que ahora tenemos otras pistas quizá sería conveniente no ponerme en evidencia.

—Eso es lo más razonable que he oído en mucho tiempo de tus labios —mascullló Número Uno—. Deja que los demás también trabajemos un poco, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —sonrió Brigitte en la anaranjada luz lunar—. ¿Vas a quedarte conmigo?

—No. Voy a reunirme con tus niños, a ver si revelamos las fotos del encendedor y averiguamos algo sobre la lancha y los dos japoneses.

—Está bien. La verdad es que estoy algo cansada… Oh, por cierto: ¿dónde está la cápsula que aquel japonés llevaba en la boca? Lo digo porque podrías entregársela a Simón, para que la mandase analizar. A veces se lleva uno sorpresas.

—No creo que ocurra en esta ocasión, pero se la daré. No soy de los que darían la vida por el espionaje. No daría ni siquiera uno de mis cabellos.

—Sin embargo —rió Brigitte, abrazándose a él—, sí has dado uno de tus cabellos por mí, al colocarlo en la puerta. ¿Te hiciste

daño al arrancártelo?

Número Uno no tuvo más remedio que sonreír. ¡Daño al arrancarse un cabello…! Abrazó a Brigitte fuertemente mientras la besaba en la boca. Luego, simplemente, abandonó el lecho y se marchó. No le gustaba dejar sola a Brigitte, pero no había más remedio.

No, no le gustaba nada. Si Abel Conrad era un agente ruso, sus camaradas de la MVD no se quedarían cruzados de brazos cuando tuviesen noticias de que había sido asesinado…

Capítulo V

Leon Grochenko y Andrei Karpov miraron expectantes a su camarada Josif Perislav cuando éste entró en el pequeño *bungalow* al que habían sido sorpresivamente llamados, con la orden de que abandonasen sus trabajos rutinarios.

—¿Era él? ¿Lo has identificado? —preguntó Karpov.

Josif Perislav se dejó caer en uno de los asientos de cañas, y se quedó mirando sombríamente al suelo. Todavía le parecía tener ante sus ojos la imagen de su compañero muerto de dos cuchilladas en la espalda.

—Sí, era él —murmuró por fin.

Los otros dos rusos quedaron silenciosos. Llevaban algún tiempo operando en las Hawaii, y se habían acostumbrado a que, en general, su trabajo fuese cómodo y tranquilo. Rutina. Ahora, de pronto, aparecía en Honolulu un camarada del Equipo Volante que conocía perfectamente sus nombres y sus domicilios, y los citaba allí para decirles que él y otro compañero llamado Yehudi Kelnikof habían llegado a Honolulu en pos del general norteamericano Elmer Davidson, al que se habían dedicado a vigilar por turnos, en una labor que se podía clasificar como rutina internacional, y que el camarada Kelnikof, que estaba utilizando el nombre de Abel Conrad, había desaparecido.

Pero había sido una desaparición momentánea, breve. Orientado por sus camaradas residentes en Honolulu, Josif Perislav había ido al Depósito de Cadáveres, donde, en efecto, la noche pasada había ingresado, ya cadáver, un hombre blanco indocumentado, entre otros. Representando a la perfección su papel de viajante de comercio, Perislav había ido al Depósito, había visto muerto a Kelnikof, y, tras negar conocerle, había regresado al *bungalow* que él y su camarada muerto habían alquilado a su llegada a Honolulu.

Tras un largo silencio, Karpov preguntó, de pronto:

—¿Crees que lo han matado los de la CIA, Josif?

Perislav lo miró y frunció el ceño, y por fin movió negativamente la cabeza.

—No, no lo creo.

—Pero si Kelnikof estaba vigilando al general Davidson, y los de la CIA lo vieron…

—El general Davidson, aparentemente, está en visita privada en Honolulu, con su mujer e hijos, y tenemos la certeza de que la CIA no se ha interesado por él, como no haya sido inicialmente, a su llegada. En cualquier caso, no parece que hayan colocado servicio de seguridad cerca de él. Esto por un lado. Pero, sobre todo, no creo que los de la CIA tengan cojones para utilizar de ese modo un par de cuchillos o navajas. Es mucho más cómodo meterle un balazo en la nuca.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Nada. Sólo que no creo que hayan sido los americanos.

—Bueno, pero Kelnikof estaba vigilando al general cuando lo mataron, ¿no es así?

—Sí. Tenía su turno desde las dos de la tarde. Yo le habría relevado a las dos de la madrugada.

—Si nos hubieseis llamado a nosotros apenas llegar a…

—No eran esas nuestras órdenes —gruñó Perislav.

—Está bien. ¿Qué hacemos ahora?

Josif Perislav estaba visiblemente pálido. Encendió un cigarrillo, y se quedó mirando el humo. No, no era fácil apartar de su mente la imagen de su compañero muerto… ¡Y lo había dejado allí, negando conocerle!

—Habrá que pensar en el modo de recuperar el cadáver de Yehudi —murmuró—. Podéis encargar de eso a otros camaradas. Yehudi ingresó en el Depósito totalmente indocumentado, así que las cosas pueden enfocarse con cierta discreción. ¿Se puede hacer?

—Algo pensaremos —asintió Grochenko.

—Bien. Yo no creo que el general americano haya tenido nada que ver con esto, pero, desde luego, el asesinato de Yehudi está relacionado con él, así que tendremos que pensar algo respecto a Davidson. Su estancia en Honolulu debe de tener algún significado especial, pues de otro modo, ¿por qué asesinar a Yehudi, que todo lo que hacía era vigilarlo y obtener fotografías?

—¿Fotografías? ¡Entonces quizás…!

—Ya os he dicho que no llevaba nada encima cuando lo encontraron —gruñó Perislav—. Se lo quitaron todo. Oficialmente, la policía ha presentado el robo como móvil del asesinato… ¡Qué estupidez más grande! Aunque, claro, seguramente están mintiendo para realizar su propio juego, porque no pueden ser tan cretinos de creer que dos cuchilladas como ésas son debidas a una pelea. La policía, y nosotros, sabemos que fueron directamente a por la vida de Yehudi… Pero volvamos al general americano. ¿Qué ha venido a hacer realmente a Hawaii? Y si los americanos no han sido quienes han matado a Yehudi…, ¿quién ha sido y por qué?

—Se me ocurre —murmuró Karpov— que quizá sí han sido los americanos, pero que lo han hecho de ese modo precisamente para que no sospechemos de ellos.

Josif Perislav parpadeó. Luego, asintió.

—Eso es admisible —murmuró—. Sí, podría ser… Lo que significaría que, en realidad, el general Davidson está muy bien custodiado. Ha venido con su familia, pero podría ser que la estuviese utilizando como una cortina de humo… Lo que a su vez significaría que su familia también está estrechamente custodiada…

—Bueno, es un general americano, ¿no? —Encogió los hombros Grochenko—. Se supone que también los generales, sean o no americanos, toman sus vacaciones, y hacen vida de personas normales.

—Desde luego. Pero, ¿por qué matar a Yehudi? ¡Malditos sean, ¿por qué?! ¿No les gustaba que lo vigilase? De acuerdo, comprendo eso: pero entonces bastaría darle un par de porrazos a Yehudi, quitarle las fotografías, y expulsarlo de Hawaii. Incluso podían haberlo detenido, ¿no? Esto habría sido más lógico, los americanos no son un grupo de retrasados mentales: ¿matar a un sujeto al que pueden cazar vivo y obligarle a hablar? No, no, no… Tenga o no tenga escolta el general y su familia, no han sido ellos, los americanos, los que han matado a Yehudi. Han sido otros. Y me pregunto: ¿amigos o enemigos del general Davidson?

—Lógicamente, amigos.

—Sí, lógicamente. Fijaros bien: amigos del general que no son americanos… ¿Quiénes son esos amigos, dónde están, qué clase de relaciones tienen con el general?

—Bueno, si tú también tomaste fotografías del general…

—Lo hice durante mi turno, desde luego. Pero no había nada especial en ellas.

—Quizá por eso estás vivo —susurró Karpov.

—Y por eso está muerto Kelnikof —añadió Grochenko.

—De acuerdo. ¡Daría cualquier cosa por esas fotografías! Pero deben de tenerlas los que mataron a Yehudi… Sobre esta gente no tenemos ninguna pista, pero… sí tenemos la pista del general. Bueno, yo quiero saber qué hace el general aquí, y quiénes son esos amigos suyos que han matado a Yehudi.

—¿Qué estás pensando?

—Estoy pensando que sólo una persona puede responder a nuestros interrogantes, a nuestras preguntas: el general Davidson precisamente. Sería interesante… invitarlo a conversar con nosotros.

Grochenko y Karpov miraron atónitos a Perislav.

—¿Estás loco? —exclamó el primero—. ¡Si el general está tan custodiado como pensamos…!

—No perdemos nada echando un vistazo —gruñó Perislav—. El general y su familia están en el Kaimana Beach Hotel: iremos a ver si detectamos algo interesante por allí. Pero con las debidas precauciones: no quiero más muertos.

* * *

—¡Estoy muerta de cansancio! —rió Brigitte.

—Lo mismo dijo anoche —sonrió Willy—, y en cambio esta mañana nos ha llamado temprano para hacer *surfing*.

—Es cierto —admitió la divina—… ¡Pero hacía tanto tiempo que no practicaba! ¡Cielos, me he caído por lo menos mil veces!

—No tantas —rió Mary Ann—: creo que sólo han sido tres.

—Lo que no está nada mal —elogió Willy—… ¿Qué le parece si vamos a vestirnos y tomamos algo en la terraza?

—Sugerencia aceptada.

Dejaron las tablas en la playa, y se encaminaron hacia el interior del hotel. Tras ellos quedó el mar, rizado con miles de olas coronadas de blanca espuma, sobre las cuales se deslizaban sobre sus tablas numerosas personas que gozaban de la vida…, incluso

cuando caían al agua. Nadie iba allí a pasarlo mal, ciertamente. Se tomaba el sol, se practicaba el *surfing*, se dormitaba… Paz y salud. ¿Qué más se podía pedir?

A su paso, la señorita Montfort dejó docenas de corazones masculinos convertidos en máquinas sin ritmo. Llevaba un diminuto bikini azul celeste, y su cuerpo dorado de sol, espléndido, turgente, era como un imán para todos los ojos, que se desorbitaban. Pero esto era algo a lo que ya estaba acostumbrada la señorita Montfort, así que no la inmutó en absoluto.

Cerca de la entrada del hotel, recogió su albornoz, se lo puso, y poco después, riendo las bromas del atlético Willy, subía en el ascensor. Se despidieron hasta pocos minutos más tarde, Brigitte entró en su *suite*, se duchó, se puso un precioso vestidito de mañana, y bajó al vestíbulo, para dejar la llave en la conserjería.

Cuando se volvía para encaminarse hacia la terraza, casi tropezó con el hombre que estaba tras ella y un poco a su izquierda. Lo miró sonriente.

—Perdón —se excusó.

—No importa —sonrió también el hombre—. Al contrario, es un placer.

La azul mirada quedo fija en los grises ojos del hombre. Enseguida, las larguísimas pestañas descendieron sobre los bellísimos ojos, como queriendo ocultarlos.

—Es usted muy amable. Si me permite…

El hombre no se movió. Brigitte lo miró de nuevo. El hombre hablaba correctamente el inglés, pero la espía sabía ya que era ruso. Un ruso simpático, eso sí, porque volvió a sonreír.

—Si no estoy mal informado —dijo—, es usted la señorita Montfort.

—Así es.

—Encantado. A mí puede llamarme Joseph —sonrió de nuevo—… O Joe, si le gusta más. Como quiera que sea, le agradecería unos minutos de conversación, señorita Montfort.

—¿Sobre qué?

—Parece usted buena amiga del general Davidson y de sus hijos.

—Sí —parpadeó de nuevo Brigitte—… ¿Quién es usted?

—Tengo un coche afuera. Por el camino…

—¿Por el camino? Espere un momento, espere… ¡No pienso

hacer camino con usted, señor Joseph!

—Señorita Montfort, es usted… maravillosamente hermosa. Increíblemente hermosa. No exagero si le digo que es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. He tenido ocasión de verla en bikini, retozando en la playa, practicando el *surfing*… Y debo añadir que si en su casi desnudez me pareció usted maravillosa, vestida me resulta encantadora… Es por todo esto que lamentaría mucho que falleciese… repentinamente.

—¿Yo? —murmuró Brigitte—. ¿Morir yo? ¿Por qué?

—Apostados en lugares que usted no puede ver en este momento, dos amigos míos la están apuntando con pistolas silenciosas. La pueden acribillar en tres segundos y desaparecer. ¿Le gustaría eso?

—Usted… usted está loco —tembló la voz de la más hipócrita espía del mundo—… ¡Haga el favor de no molest…!

—Sé que la estoy molestando, y lo lamento. Pero quiero que usted venga conmigo, señorita Montfort. Si no viene conmigo, morirá. Vamos, parece usted más que suficientemente inteligente para comprender esto, ¿no es así?

—Pe-pero ¿qué… qué quiere usted, qué…?

Joseph la tomó amablemente de un brazo, y comenzó a caminar hacia la salida del hotel. Pareció que la señorita Montfort fuese a resistirse, pero su buen sentido se impuso. Salieron del hotel, y caminaron por Kalakaua Avenue, alejándose.

—Si vuelve usted la cabeza —dijo amablemente Joseph—, verá que nos siguen dos hombres. Son mis amigos.

Brigitte volvió la cabeza, vio a los otros dos rusos, y continuó caminando, sin hacer el menor comentario. Llegaron junto a un coche, se metieron los dos en el asiento de atrás, y, al poco, llegaron Karpov y Grochenko, que ocuparon el asiento delantero, Grochenko al volante. El coche partió.

—¿Está asustada? —preguntó amablemente Joseph, es decir, Josif Perislav.

—¿Qué quieren ustedes de mí? —murmuró Brigitte.

—Un pequeño, diminuto favor.

—¿Qué favor?

De pronto, Karpov, que se había vuelto en el asiento, comenzó a hablar en ruso, dirigiéndose a Perislav:

—Es la periodista americana, Josif. Es muy famosa, tiene amigos en todas partes…, así que no me sorprende que también lo sea del general. Puedes tener la seguridad de que si luego la dejamos marchar lo contará todo en su periódico.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —inquirió Perislav, naturalmente hablando también en ruso.

—No lo sé. Pienso que quizá no hemos debido…

—¡Ustedes son rusos! —exclamó Brigitte.

Se quedaron mirándola con cierto sobresalto.

—¿Habla usted ruso? —preguntó Perislav.

—No, no… ¡Pero sé cuándo lo hablan otras personas! ¿Qué está ocurriendo, qué quieren de mí…? ¡El general! Usted ha hablado antes del general Davidson… ¡Oh, Dios mío!

—Tranquilícese —gruñó Perislav—. No va a ocurrirle nada a usted, señorita Montfort, Ya le he dicho que sólo queremos que nos haga un pequeño favor.

—¿Relacionado… con el general Davidson?

—En efecto.

—Pero… Bueno, sólo somos amigos de… de escasa relación… Hemos coincidido aquí, y yo… yo no tengo nada que ver con…

—¿Por qué se asusta tanto? —farfulló Karpov.

—Ustedes… ustedes están tramando algo que… ¡que estoy segura que no me gustará!

—Me temo que tiene razón —suspiró Perislav, con tono de sinceridad—. Pero tampoco a nosotros nos gustará, y estamos dispuestos a hacerlo. No siempre se puede hacer lo que a uno le gusta, señorita Montfort. Ya ve, hace unos minutos se estaba usted divirtiendo, y ahora está en un pequeño apuro.

—Paren el coche —jadeó la divina—… ¡Paren el coche, quiero apearme, quiero…!

—¿Quiere que le meta una bala en la cabeza? —Mostró Karpov su pistola, malhumorado.

—Guarda eso, animal —gruñó Perislav—. No quiero que la señorita Montfort se asuste. Todo lo que quiero es que permanezca callada y resignada hasta que lleguemos a nuestro destino. ¿Verdad que se comportará usted adecuadamente, señorita Montfort?

La señorita Montfort no pudo ni siquiera contestar. Estaba «asustadísima».

* * *

Número Uno estaba tan pálido cuando colgó el teléfono que Simón-Honolulu se impresionó profundamente.

—¿No está en el hotel? —murmuró.

—No.

Había tres agentes más de la CIA en aquel apartamento de Iwilei Road, con una terraza preciosa con vistas a la Aloha Tower, que se alzaba al otro lado del puerto. Los cuatro hombres miraban a Número Uno, el mítico agente de la CIA del que ya nadie ignoraba que era el hombre que amaba la agente Baby. Y por si tenían alguna duda respecto a los sentimientos del inescrutable Número Uno hacia la espía, aquella intensa palidez era suficiente para disiparla.

—Bueno —murmuró Simón-Honolulu—… No creo que debamos alarmarnos tan pronto. Quizá no consiguen localizarla, eso es todo, y…

—Se ha marchado con un hombre —cortó Número Uno.

—¿Qué? —Palideció ahora Simón.

—Ha salido con un hombre del hotel. Un hombre que no está alojado en el hotel, un hombre desconocido. El conserje dice que su impresión era que ella no se sentía precisamente feliz.

Los cuatro hombres de la CIA estaban ahora casi tan pálidos como Número Uno. Primero, éste había llamado a Baby utilizando la radio. Puesto que ella no había contestado ni inmediatamente, ni transcurridos tres minutos, lo que habría hecho si hubiese captado la llamada pero no hubiera podido contestar enseguida, Uno la había llamado por teléfono, conforme a lo convenido si el contacto era urgente y previendo que Brigitte no pudiera contestar a la radio ni enseguida ni tres minutos más tarde… La respuesta recibida del conserje del hotel no era, ni mucho menos, tranquilizadora.

Número Uno desvió la mirada hacia las fotografías ampliadas esparcidas sobre una mesita. En algunas de ellas aparecía la señorita Montfort, sentada a la mesa del general Davidson y su familia. En otras, se veía al general Davidson, o bien solo, o bien con alguno de los miembros de su familia. En otras…

En otras, el general Elmer Davidson aparecía con un chino. Un chino de unos cincuenta años, de rostro redondo, ojos inteligentes, ropas de óptima calidad, elegante, impecable. Sólo había tres de

estas fotos…, y esto era todo lo que tenía Número Uno, porque los agentes de la CIA no habían conseguido averiguar nada sobre un hombre llamado Abel Conrad. Es decir, habían sabido que un hombre alto y fuerte, agradable, de buenos modales, se había interesado aquella mañana muy temprano por el cadáver que, oficialmente, todavía no estaba identificado, pero que había asegurado no ser el amigo que estaba buscando. Tan temprano había estado aquel hombre en el Depósito de Cadáveres que cuando la CIA tuvo en cuenta esta posibilidad, ya era demasiado tarde. Todo lo que sabían era que un hombre había estado en el Depósito de Cadáveres. Y ahora, un hombre se había llevado a Baby del hotel… ¿Era el mismo? Y si era el mismo…, ¿era ruso? Sobre esto la CIA tenía sus dudas, ya que Abel Conrad no había formado parte del grupo ruso en las Hawaii, que por otra parte, parecía tranquilo, como si nada estuviese sucediendo. Al menos, hasta el momento en que los Simones habían realizado la investigación. Pero, ¿y después? ¿Se habían movilizado los rusos *después* de la investigación en busca de alguien llamado Abel Conrad que pudiese formar parte de la red soviética?

Número Uno alzó de pronto la mirada hacia Simón.

—Quiero cuanto antes un informe respecto a dónde están todos los componentes de esta célula rusa.

—Lo tendrá —aseguró hoscamente Simón.

—Olvídense de la lancha *Starlett*. Puesto que es alquilada, nada conseguiremos. Al propietario debieron de darle un nombre falso. Dejen también de investigar sobre los dos japoneses que mataron a Abel Conrad; estoy seguro de que no conseguiríamos nada tampoco por ese lado, Pero localícenme a todos los rusos cuanto antes.

—Podríamos poner a todos los hombres en eso.

—No. A todos, no —Número Uno señaló las fotografías—. Ponga unos cuantos a buscar a este chino que está con el general.

—Hay muchos chinos en Honolulu, señor —murmuró Simón.

—Lo sé. Y sé que no sabemos gran cosa de éste, pero…

—¿Gran cosa? ¡No sabemos nada!

Uno movió la cabeza, tomó una de las fotografías en las que aparecía el chino, y se quedó mirándolo.

—Me parece que sí sabemos algo —murmuró—… Muy poca cosa, pero algo. Deberán buscar ustedes por Ala Wai a un chino

llamado Yin. Tengo el presentimiento de que los edificios que se ven detrás del chino están en Ala Wai Boulevard. Claro que quizá la reunión en este lugar no tenga nada que ver, pero también podría ser que un chino llamado Yin viva en Ala Wai, o cerca, y por, eso el general acudió a este lugar.

—Bueno, si sólo hemos de buscar en Ala Wai la cosa se simplifica muchísimo, desde luego.

—Así lo espero. Avísenme en cuanto sepan algo. —Número Uno se puso en pie—. No importa el momento, llámenme. Si no contesto, será que estaré muerto. Entonces, sigan ustedes buscando a Baby.

Cuando los agentes de la CIA reaccionaron del escalofrío que les había producido la serenidad de Número Uno, éste ya había abandonado el apartamento.

Capítulo VI

El coche se detuvo delante del *bungalow*, y Joseph señaló la pequeña y simpática construcción.

—Hemos llegado, señorita Montfort. Le ruego que se considere una invitada en todo momento.

Grochenko y Karpov ya se habían apeado. Brigitte lo hizo también, mientras Joseph salía por la portezuela del otro lado. Pocos segundos más tarde, los cuatro entraban en el *bungalow*. Josif Perislav señaló uno de los sillones, y Brigitte se sentó en él.

Luego, el ruso señaló el teléfono, que se veía sobre una mesita de bambú con superficie de cristal.

—Para mí ha sido evidente que usted y los hijos del general Davidson están en muy buenas relaciones. ¿Cierto?

—Sí… Sí.

—Muy bien. Va a llamarlos al hotel, y les dirá exactamente y palabra por palabra lo que usted y yo vamos a convenir ahora. Veamos… ¿Se sorprenderían ellos si usted los citase por teléfono en algún lugar?

—Claro que sí. Precisamente habíamos quedado en encontrarnos en la terraza para tomar el aperitivo.

—El aperitivo —gruñó Karpov—… ¡Toda una indecencia capitalista! Mientras ustedes toman el aperitivo, otras personas…

—Vamos, déjate de tonterías ahora —gruñó también Josif—. No tenemos ninguna necesidad de convencer a la señorita Montfort a favor de ninguna doctrina política o social. Además, a mí también me gusta tomar el aperitivo —dirigió una sonrisa a Brigitte—. Bueno, señorita Montfort, hablemos de ese aperitivo. ¿Se negarían los hijos del general a tomarlo en otra parte que no fuese la terraza del hotel?

—Se negarían en redondo.

—¿Por qué habrían de negarse? —se sorprendió Perislav.

—No sé. Se negarían, eso es todo.

—A mí me parece absurdo. Lo que ocurre es que usted no quiere colaborar con nosotros.

—Quizá colaboraría si me dijeran qué es lo que ustedes pretenden exactamente.

—¿Lo que pretendemos exactamente? De acuerdo, se lo voy a decir: queremos sostener una conversación privada y en lugar privado con el general Davidson.

—¿Para qué? ¿Qué clase de conversación?

—Eso no es cuenta suya —intervino de nuevo Karpov.

—Y no haga más preguntas —prohibió Grochenko.

Brigitte miró a uno y otro entre enfurruñada y sorprendida.

—¿A qué se dedican ustedes? —inquirió.

—¡Ya le he dicho que no haga más preguntas…!

—¿Por qué pregunta eso? —murmuró Perislav.

—Por curiosidad. Acabo de llegar a la conclusión de que se dediquen a lo que se dediquen, son de los que hacen muy mal su trabajo.

—¿Y por qué ha obtenido esa conclusión?

—Porque parece irritarles que yo quiera hacer bien el mío. ¿Sabían que soy periodista?

—En efecto, lo sabemos.

—Entonces, ¿por qué se sorprenden o se molestan porque les haga preguntas? ¿Cuándo han conocido ustedes a un periodista que no haga preguntas, Joseph? En lo que a mí se refiere, no voy a disimular que todo esto me está interesando muchísimo, profesionalmente hablando. Y espero que ustedes se hagan cargo de mi interés: tres rusos buscando el modo de sostener una conversación privada con el general Davidson… Un general americano. ¡Pónganse en mi lugar, señores!

Los tres rusos la miraban estupefactos. Por fin, el simpático Perislav sonrió de nuevo.

—Me parece que no vamos a ponernos en su lugar —rechazó la proposición—. Es usted quien está en dificultades, no nosotros. Y todavía estará en mayores dificultades si no colabora. Queremos hablar con el general Davidson, señorita Montfort, y, sencillamente, usted va a ayudarnos.

—Me están amenazando, ¿no es cierto?

—Sí —rió Perislav ahora—, ¡en efecto, la estamos amenazando! Con gran disgusto por nuestra parte, pero lo estamos haciendo.

—Bien… Parece que no tendré más remedio que ayudarles. Pero me pregunto: ¿qué tienen que ver los hijos del general con todo este asunto de ustedes?

—Tenemos la certidumbre de que el general Davidson se negará a cualquier entrevista con nosotros. Así pues, para convencerle, hemos pensado utilizar a sus hijos. O quizás a su esposa. ¿Cuál de sus familiares le parece más fácil de convencer para que acuda a una cita con usted?

—Sin duda alguna, Willy, el hijo. Pero todo esto es innecesario, ustedes lo están complicando todo demasiado. Por el momento, ya se les puede acusar de mi secuestro… Y por lo que entiendo, pretenden secuestrar también a los hijos del general para presionar a éste… Se están complicando la vida, de veras.

—¿Tiene usted alguna idea mejor? —Gruñó Grochenko.

—Por supuesto. No hace falta que molestemos a la familia del general: puedo conseguir una entrevista directamente con él, sin más complicaciones.

De nuevo se quedaron los rusos mirándola fijamente, con gesto de pasmo. Josif Perislav se rascó la nuca.

—No nos interesa, señorita Montfort —negó por fin—. Salvo que podamos presionar adecuadamente al general, tememos que se presente a la cita acompañado de… personas poco gratas para nosotros.

—¿Qué personas?

—Digamos… miembros de algún servicio de seguridad americano.

—Ah… Sí, entiendo. Ustedes no quieren complicaciones, ni enfrentamientos peligrosos.

—Exacto.

—Sólo conversar.

—Otra vez exacto.

Brigitte señaló el teléfono.

—¿Puedo llamar ya?

—Espere un momento —exclamó Karpov—. ¡Antes tenemos que convenir lo que…!

—No hay nada que convenir, no es necesario —lo miró como

divertida Brigitte—. Yo llamaré al general, y él acudirá a la cita… ¿Dónde quieren ustedes encontrarse con él?

De nuevo los rusos estudiaron a Brigitte, con mucha más atención e interés que antes.

Perislav entornó los párpados.

—Dígale al general que será recogido en un coche en Diamond Head Road, frente a Fort Ruger Park, en el cruce con Paikau Street —murmuró Karpov—. Y adviértale la conveniencia de que vaya solo. Dígale eso…, y solamente eso.

Brigitte asintió, descolgó el auricular del teléfono, y marcó el número del hotel. Tardó casi un minuto en conseguir comunicación con el general Davidson.

—¿Elmer? Soy Brigitte…

—¡…!

—Sí, ya sé que los muchachos me están esperando para tomar el aperitivo, pero he tenido algo mucho más urgente que hacer. ¿Puede usted acudir a una cita?

— ¡…!

—No puedo decirle más por ahora, Elmer, lo siento. Lo que sí voy a pedirle es que acuda completamente solo. Y desde luego, sin decirle a nadie que viene a reunirse conmigo. A nadie, Elmer.

— ¡…!

—Ya supongo que se disponía usted a almorzar con su familia. Deles cualquier excusa. Nadie debe saber que viene a reunirse conmigo. Dos hombres le recogerán a usted en el cruce de Diamond Head Road y Paikau, frente a Fort Ruger Park, y lo traerán aquí. Sea discretísimo, Elmer.

— ¡…!

—¿Quiere saber lo que está ocurriendo? Bueno, puedo adelantarle algo: digamos que alguien de Washington sintió mucho interés por este viaje suyo a las Hawaii, y me pidió que viniese tras sus pasos a ver qué ocurría realmente.

— ¡…!

—Siento mucho causarle este disgusto. Pero le aseguro que todo irá mucho peor para todos si usted no acude a la cita. ¿Lo ha comprendido bien, Elmer?

—…

—De acuerdo. Hasta luego, entonces.

Brigitte colgó el auricular. Los tres rusos continuaban mirándola con gran fijeza y cada vez mayor interés. Josif Perislav preguntó, en un murmullo:

—¿Qué es eso de que alguien de Washington la ha enviado a usted tras el general?

—Eso, Joseph, es una mentira, simplemente.

—Pero él la ha creído, ¿no?

—Ésa ha sido mi impresión —pareció sorprenderse Brigitte—. Y no lo entiendo. Empiezo a pensar que me han metido ustedes en algo especial, Joseph. ¿De qué se trata?

Perislav desvió la mirada hacia sus compañeros.

—Id a buscar al general. Y tened mucho cuidado.

* * *

Cuidadosamente, Número Uno saltó a bordo de la lancha *Starlett*, y permaneció unos segundos en cubierta, atento, en tensión, dispuesto a sacar la pistola a la menor señal de peligro.

Pero nada sucedió. La lancha, amarrada al mismo lugar de la noche anterior, se mecía apenas en las tranquilas aguas de Kewalo Basin, inevitablemente manchadas por la polución. La impresión de Numero Uno era que aquella lancha no había sido movida del sitio durante la noche. Como si hubiese sido olvidada.

Sin embargo, pronto comprendió que no era así, cuando, al entrar en la cabina, no vio los cadáveres de los dos japoneses. Se los habían llevado. En un instante, la ágil mente de Número Uno definió la situación: alguien había estado esperando a Nishida y Kondo hasta la impaciencia, y entonces fue a buscarlos a la lancha; allí, los encontraron muertos; entonces, se llevaron los cadáveres y dejaron abandonada la lancha alquilada. Así de simple. Y desde luego, seguro que no pensaban volver jamás a la lancha *Starlett*.

Bien, si Brigitte no estaba allí, y ni siquiera había encontrado a alguien relacionado con el caso que pudiera orientarlo, lo mejor era marcharse. Pero no por el muelle, por donde había llegado, ciertamente; el mejor espía masculino de todos los tiempos no tenía el menor deseo de que le metiesen unas cuantas balas en el cuerpo cuando saltase de la lancha al muelle. Así pues, salió a cubierta, arrancó los hilos del contacto eléctrico, los conectó poniendo en

marcha los motores, y, tranquilamente, tras soltar amarras, navegó hacia mar abierto. Volvió la cabeza, pero no vio a nadie en el muelle con gesto airado o sorprendido. Quizá se había excedido en sus precauciones, pero no lo lamentaba, ni mucho menos. Siempre es mejor tomar demasiadas precauciones que no poder volver a tomar precauciones nunca más…

Veinticinco minutos más tarde, Número Uno llegaba con la lancha hasta la arena de la playa frente al Kaimana Beach Hotel. Dejó caer el anclote, llegó hasta la arena seca con un sorprendente salto que dejó pasmadas a no pocas personas, y se encaminó hacia el hotel.

Otros cinco minutos más tarde estaba junto a la mesa que ocupaban Gladys Davidson y sus hijos. Willy se quedó mirándolo con un gesto interrogante, mientras su madre y su hermana quedaban boquiabiertas contemplando al impresionante personaje de ojos negros y cabellos cobrizos, que ni por asomo les recordó al canoso y cincuentón comensal de la noche anterior.

Por su parte, Número Uno ya había captado que en la mesa había solamente tres cubiertos. Así pues, el general Davidson no iba a almorzar con su familia.

—Señora Davidson —se anticipó a cualquier pregunta—, soy el comandante Coleman, de la USAF. Perdone que me presente así, pero quería despedirme de su esposo. ¿No está en el hotel?

—No, lo siento.

—Vaya. Nos vimos ayer por la tarde, y me dijo que estaba alojado aquí. Quedamos que nos veríamos uno de estos días, pero tengo que regresar urgentemente a Washington, de modo que quería despedirme y disculparme por no poder aceptar su amable invitación.

—Es usted muy amable… Espero que no sea nada grave, comandante.

—Un pequeño asunto familiar… Todavía puedo esperar unos minutos, así que si el general no ha de tardar mucho en volver…

—La verdad es que no sabemos cuándo volverá.

—Mala suerte. Bien, si pudiera indicarme usted dónde está él, quizá podría acercarme para…

—Lo siento, pero no lo sabemos. Le llamaron por teléfono, nos dijo que tenía algo inaplazable que hacer, y se fue.

—¿No dijo adónde iba, ni quién le había llamado?

—No. De veras lo siento, comandante.

—¡Qué le vamos a hacer…! Han sido ustedes muy amables. Gracias por todo.

EL comandante Coleman hizo una inclinación de cabeza, y se alejó. Sólo entonces pudo Mary Ann Davidson salir de su pasmo.

—¡Dios mío! —Casi gimió—. ¡Qué hombre, mamá!

—¿Qué pasa con él? —Gruñó Willy.

Madre e hija cambiaron una mirada, y se echaron a reír.

Fuera del hotel, Número Uno no tenía en absoluto deseos de reír. Ni siquiera de sonreír, lo que ya era para él un notable esfuerzo normalmente.

Se dirigió hacia los coches estacionados, se metió entre ellos, y sacó la pequeña radio de bolsillo, que acercó a su boca mientras apretaba el botoncito de llamada. Ya había visto el coche alquilado por Brigitte, y sabía que, en efecto, se la habían llevado en otro vehículo…

—¿Sí?

—Soy Uno. ¿Alguna novedad?

—No señor, ninguna. ¿Y usted?

—Tampoco. Sigan buscando al chino. Es todo.

No era todo, puesto que también el general Davidson había desaparecido, pero no quería distraer la atención de los agentes de la CIA, lo que inevitablemente ocurriría si les decía que un general americano había desaparecido. El general Davidson, y mil generales más, podían irse al infierno, a cambio de Brigitte.

Y la idea que había estado dando vueltas en la mente de Número Uno se concretó: Brigitte y el general quizás estaban juntos en aquel momento. Pensó en subir a la *suite* de Brigitte, pero le pareció innecesaria aquella pequeña complicación. Sabía que Brigitte no se había llevado su maletín, y que todo debía de estar en orden en la *suite*.

Es decir, que Baby se hallaba desarmada, sin radio, sin más recursos que su inteligencia y su astucia en manos… ¿de quién y dónde?

Capítulo VII

El coche se detuvo delante del *bungalow*, y Karpov, que iba sentado junto al general Davidson, señaló la pequeña construcción.

—Hemos llegado, general.

Elmer Davidson se apeó, sin decir palabra. Karpov lo hizo tras él, después de echar un vistazo hacia atrás por el cristal zaguero del coche. No parecía que nadie les hubiese seguido.

Segundos más tarde, Davidson y los dos rusos se hallaban en el interior del *bungalow*, donde Brigitte Montfort y Josif Perislav habían estado conversando como buenos amigos. La mirada de Davidson se clavó con fijeza en Brigitte, que se puso en pie y acudió a su encuentro.

—Lo siento, Elmer —se disculpó Brigitte, tomándole las manos —… Le he engañado, pero tenía que hacerlo, pues de otro modo habrían secuestrado a su esposa o sus hijos, o a los tres. Querían obligarme a atraerlos a ellos, y pensé que…

—Está bien, Brigitte, no se preocupe. —Davidson estaba pálido —… Pero no sé si se ha dado cuenta de que son rusos.

—La señorita Montfort ya sabe eso —se acercó Perislav, con gesto amable—. Y me satisface que usted también se haya dado cuenta, general, porque así la situación está bien clara desde el principio.

Davidson miró con frialdad al agente soviético.

—Espero que se den cuenta de lo que están haciendo —dijo.

—Sabemos que nos hemos complicado la vida —asintió Perislav —, pero sé de alguien que desearía estar en esta situación.

—No comprendo… ¿A quién se refiere?

—A Abel Conrad.

Brigitte permaneció como si jamás hubiese oído aquel nombre anteriormente, no reaccionó en modo alguno. Davidson frunció el ceño, en visible esfuerzo de memoria.

—¿Conrad? ¿Quién es?

—¿Usted no lo sabe? —farfulló Grochenko.

—No.

—Yo se lo diré, entonces —dijo Perislav—. Abel Conrad era un camarada nuestro que, utilizando ese nombre americano, formaba pareja conmigo para vigilarlo a usted, general. Anoche fue asesinado…, y nosotros pensábamos que usted sabía algo de eso.

—¿Están locos? —exclamó Davidson—. ¿Me están relacionando a mí con un asesinato? ¡Les advierto que no tengo ni idea de lo que están diciendo, y que…!

—Cálmese —pidió Perislav—. La idea nuestra es solamente conversar con usted, general. Tiene que comprenderlo: ni mis camaradas ni yo disponemos de otra pista para saber qué está sucediendo en torno a usted. Abel Conrad y yo nos turnábamos en su vigilancia, cosa que creíamos poder hacer con facilidad, ya que ni él ni yo somos residentes en Honolulu, nadie nos conocía… Sin embargo, anoche Conrad fue asesinado a cuchilladas, durante el turno de vigilancia sobre su persona. Le diré lo que creo: Abel Conrad obtuvo algunas fotografías que le parecieron interesantes de usted, pero posiblemente, al hacerlo se dio cuenta de que alguien había reparado en ello, así que decidió esfumarse. Salió del hotel, y, en contra de lo convenido, ya que debía permanecer cerca de usted hasta que yo llegase a relevarlo, se dirigió hacia un pequeño parque cercano a su hotel… Yo creo que Conrad se dio cuenta de que estaba en una situación comprometida, y por eso fue hacia el parque, para intentar despistar allí a alguien. Pero, evidentemente, no lo consiguió. Por la conversación sostenida con la señorita Montfort, ya sé que anoche cenaron juntos, así que posiblemente mi camarada Conrad los fotografió. Pero quizá tenía alguna fotografía más interesante, y decidió que era llegado el momento de ponerse a salvo con ella, aun a riesgo de perderle a usted de vista. ¿Me ha comprendido, general?

—Sí. ¿Quiénes son ustedes?

—Me pareció que resultaba obvio —alzó las cejas Perislav—: agentes secretos rusos, naturalmente.

—Pero… ustedes están locos… ¿Cómo se han atrevido a…? Un momento: ¿qué piensan hacer con nosotros?

—No tema. Ya le he dicho que sólo queremos conversar.

—¡No tengo nada que conversar con ustedes, ya les he dicho que no sé nada de todo eso que me ha contado!

—Por el momento, digamos que le creo a usted. No sabe nada de lo sucedido, de acuerdo. Lo que implica que la CIA no ha tenido nada que ver en este asunto, ¿verdad?

—¡Claro que no!

—Ha venido usted realmente de vacaciones, ¿cierto?

—¡Sí!

—Sin agentes de seguridad, sin espías… ¿Cierto?

—¡Desde luego! ¡Ya les estoy diciendo…!

—Entonces, general Davidson, si la CIA ni ningún otro servicio de seguridad ha intervenido en esto… ¿sería tan amable de decirme qué otros amigos de usted eliminaron a mi camarada Conrad por el hecho de estar vigilándolo a usted?

—No… no comprendo…

—Yo sí —murmuró Brigitte—… Lo que él trata de decir es que si ningún servicio de seguridad americano mató a Abel Conrad, lo hizo alguien que no quería que Conrad tuviese las fotografías de usted, Elmer. Lo que, en principio, hace suponer que ese alguien es amigo de usted… ¿No es eso lo que ha querido decir, Joseph?

—Exactamente —asintió el ruso—. ¿Y bien, general?

Davidson sacó un pañuelo, y se lo pasó por la sudorosa frente.

—Esta… esta situación es desquiciada, ustedes… ustedes deben de estar locos…

—Puede que estemos locos, general, pero voy a decirle lo que tengo pensado hacer si usted no nos aclara aquí mismo la situación. Queremos saber qué amigos de usted mataron a Abel Conrad, y qué está usted haciendo realmente en las Hawaii. Si dentro de quince minutos no estamos al corriente de lo que ocurre, mucho me temo que daré órdenes para que algunos camaradas míos nos preparen un largo viaje hasta Moscú. ¿Esto está explicado lo bastante claramente para usted?

—¡No pueden hacer eso!

—Creo que sí pueden, Elmer —dijo Brigitte.

—Usted… ¡usted les ha ayudado! —gritó Davidson—. ¡Usted es una traidora, Brigitte!

—No diga tonterías —gruñó Perislav—: la señorita Montfort ha demostrado ser una persona sensata e inteligente. Siempre es mejor

que le secuestremos a usted a que matemos a su familia y a usted mismo, irritados por no poder averiguar qué está pasando y por qué mataron a mi camarada Abel Conrad. Ella lo comprendió enseguida, y prefirió que le atrapásemos a usted directamente. Debería estarle agradecido, simplemente. A menos que usted pretenda exigirle a la señorita Montfort que se hubiese dejado matar antes que citarlo. ¿Es eso lo que usted habría preferido, general?

—Escuchen… Quizá me he puesto nervioso… Lo siento, de veras siento lo que he dicho, Brigitte… Pero no puedo ayudarles a ellos, no sé nada, estoy aquí de vacaciones, de modo que…

—¿Entiendo que esa va a ser su actitud definitiva, general? —le interrumpió secamente Perislav.

—¡No puede ser otra, no tengo ni idea…!

—Ya basta —le atajó de nuevo Perislav; dirigió una mirada a Grochenko, y murmuró—: coloca el coche delante mismo de la puerta del *bungalow*. Vamos a llevarnos al general, abandonamos ya este lugar.

—¿Y yo? —musitó Brigitte—. ¿Qué van a hacer conmigo? Josif Perislav movió la cabeza.

—De verdad lo siento, pero tendrá que venir con nosotros, señorita Montfort.

—¿A Moscú?

—Sí. —Perislav miró a Karpov, y señaló el teléfono—. Llama a nuestros camaradas, y que te digan dónde y cuándo pueden recogernos para ponernos en camino hacia Moscú. Cuanto antes, mejor.

Karpov se acercó al teléfono, y Grochenko se encaminó hacia la puerta. Brigitte permanecía con gesto impasible, pero Davidson, por fin, reaccionó impetuosamente.

—¡No pueden hacer esto, están todos locos, no…!

—Cállese —lo miró fríamente Perislav—. No quiero volver a oír su voz a menos que sea para decirme lo que me interesa…

El sobresalto fue general. Mientras Perislav hablaba, Grochenko había llegado a la puerta, y la había abierto… Inmediatamente, oyeron su grito de alarma, que se trocó de súbito en agónico, mientras saltaba fuertemente hacia atrás, manoteando. En el mismo momento en que caía de espaldas y de cabeza al suelo, tres hombres entraban a toda prisa en el *bungalow*, pistola en mano, apuntando

hacia los otros dos rusos, que tenían ya la mano en la axila izquierda…

—¡Quietos! —Llegó la orden.

Pero Karpov, demudado por el sobresalto, no pudo o no quiso detenerse en su gesto, y sacó la pistola… Inmediatamente, recibió dos balazos, uno en el pecho y otro en la cabeza, que lo sentaron rudamente en el sillón junto al teléfono, muerto en el acto. Perislav, que estaba retirando su mano vacía, lanzó un grito de furia…, y en ese momento el tercer hombre disparó contra él, en el pecho y derribándolo a los pies de Brigitte, que no se había movido.

Y nadie más se movió. Davidson estaba demudado. Brigitte miraba a los tres hombres. Tres orientales… Dos chinos y un japonés, aunque en ocasiones ella se confundía; pero no: eran dos chinos y un japonés. Éste cerró la puerta del *bungalow*, y uno de los chinos se acercó a Davidson, todavía pistola en mano.

—¿Está usted bien, general? —preguntó, en perfecto inglés.

Davidson tragó saliva, y asintió. La mirada del chino se volvió de pronto hacia Brigitte, pero no dijo nada. Miró a sus compañeros, que estaban examinando a los tres rusos.

—Éste vive todavía —dijo el que examinaba a Perislav.

El que había hablado con Davidson hizo una seña, y su compañero apuntó la pistola al pecho de Josif Perislav.

—¿Qué va a hacer? —jadeó Brigitte—. ¡No tiene por qué asesinarlo de ese modo, ya no puede perjudicarles!

El chino la miró, esbozó una sonrisita, y, acto seguido, apretó el gatillo de su pistola provista de silenciador. Ante los ojos de Brigitte, Josif Perislav dio un salto al recibir el balazo en pleno corazón, y quedó ya inmóvil para siempre, como sus camaradas de la MVD Grochenko y Karpov.

—A ella también —la señaló el chino que dirigía el grupo.

—¡No! —exclamó Davidson—. ¡No, a ella no!

—¿Por qué no?

—No sé —Davidson volvió a pasarse el pañuelo por la frente sudorosa y fría—… ¡A ella no! Es… es una buena amiga que…

—No diga tonterías —cortó fríamente el chino—. No tenemos más remedio que hacerlo, general. No hemos querido informarle de ello, pero las cosas se complicaron a partir de anoche… Desde que llegó usted a Honolulu, nos hemos ido turnando en… custodiarlo,

porque…

—¡Me han estado vigilando!

—No es así exactamente —frunció el ceño el chino—. Sólo queríamos tener la seguridad de que el servicio secreto americano no estaba cerca de usted. Pero nos equivocamos, eso está claro, ya que…

—¡Estos hombres son rusos, no americanos!

—¿De veras? ¿Rusos? —El chino emitió una risita—. ¡Pues tanto mejor! Bueno, general, comprenda usted que antes de proceder a la entrevista definitiva, teníamos que asegurarnos de que nadie le vigilaba a usted, pues a Yin no le gustan los riesgos innecesarios. Ayer tarde, un hombre los fotografió a ustedes dos en Ala Wai, y luego, ya que no pudo seguir a Yin porque éste se marchó en su lancha por el Canal, continuó siguiéndole a usted. Lo dejamos, para ver a quién más capturábamos con él. Por la noche, Nishida y Kondo tenían que llamarnos para ponernos al corriente, pero… no nos llamaron, así que fuimos a la lancha en su busca. Los encontramos muertos. Nos los llevamos, dejamos abandonada la lancha, y procedimos a… reforzar la vigilancia alrededor de usted. Cuando le hemos visto salir del hotel, solo, hemos decidido seguirle…, y aquí nos tiene, afortunadamente para usted. Pero, ahora que caigo, ninguno de estos hombres es el que ayer le estuvo fotografiando a usted en Ala Wai… Seguramente fue él quien mató a Nishida y Kondo, y puede volver en cualquier momento, de modo…

—No. Está muerto —susurró Davidson—. Era otro ruso, que utilizaba el nombre de Abel Conrad. Lo mataron anoche.

—¿Lo mataron? Entonces… ¿quién mató a Nishida y Kondo?

—No lo sé… ¡No lo sé!

El chino parpadeó, evidentemente confundido. De los reunidos en el *bungalow*, solamente Brigitte sabía lo sucedido la noche anterior, y, ciertamente, no tenía la menor intención de decirlo.

—Creo que voy a llamar a Yin —dijo por fin el chino, acercándose al teléfono.

—Déjeme hablar con él —pidió Davidson—. Quiero…

—No. No interesa que usted hable con Yin, general. Además, lo que ustedes tienen que decirse no es asunto para ser tratado por teléfono.

—Pero quiero decirle… ¡No pueden matar a la señorita Montfort!

—¿Por qué no? ¿Porque es amiga de sus hijos? ¿Porque es muy hermosa? ¿Quizás es su amante, general?

—No, no, no… ¡Es una mujer demasiado inteligente para matarla! Yo… había pensado que ella podría serme de utilidad más adelante, cuando… cuando todo esté… funcionando.

—General Davidson, usted sabe que nadie que entre en la órbita de los proyectos que están en marcha puede quedar con vida, en estos momentos. No podemos confiar en que la señorita Montfort sepa permanecer callada durante el tiempo que falta hasta la consecución final… ¿Lo comprende usted?

—Sí… Sí, pero…

—Lo consultaré con Yin. Se hará lo que él diga.

El chino llamó por teléfono, y estuvo conversando en su idioma durante cuatro o cinco minutos, mirando dos o tres veces a Brigitte. La espía permanecía inmóvil, un poco pálida, pero dignamente. Frente a ella, el otro chino y el japonés la apuntaban con sus pistolas, y el chino del teléfono no la perdía de vista, sin dejar de hablar.

Las probabilidades de vencer a aquellos tres hombres, tal como estaba la situación, eran muy remotas. Pero aún serían más remotas si el chino terminaba de hablar por teléfono y se unía en su estricta vigilancia a los otros dos hombres. Claro que si atacaba quizá corría un riesgo innecesario, pues quizás el llamado Yin no ordenaba su muerte…

El chino colgó con seco golpe el auricular en su soporte.

—De acuerdo —dijo, ahora en inglés—, Yin va a conservar para usted la vida de la señorita Montfort…, de momento, general.

Elmer Davidson emitió un suspiro de alivio, se acercó a Brigitte, y la tomó de un brazo.

—Bueno, Brigitte, será mejor que nos…

—Ella no se va —sonrió el chino—: Yin ha tenido la gentileza de invitarla a su casa. Y allá la encontrará usted cuando finalmente pueda visitar a Yin, general.

—Pero… pero eso va a crear problemas —se resistió Elmer Davidson—. Todos me van a preguntar por ella, es un personaje importante, será echada en falta, empezando por mi familia…

—Bueno, no creo que alguien piense que usted es responsable de la señorita Montfort, ¿verdad? Lo que puede usted hacer es lo que hagan los demás: sorpréndase de la ausencia de la señorita Montfort y búsquela, como todos. ¿Por qué han de pensar que usted sabe dónde está ella?

—Sí, claro, pero… Bueno… Brigitte, lo siento, ya ve que no está en mis manos…

—No se preocupe, Elmer —murmuró la divina—. Ya nos veremos en otra ocasión.

—Sí… Nos veremos…

—¿No quiere decirme en qué lío se ha metido usted?

—¿Lío?

—No soy precisamente genial, pero algo raro está pasando, y por fuerza he tenido que darme cuenta: matan a dos hombres anoche, luego a otro, ahora a tres… Hay rusos, chinos, japoneses, usted… Para mí, es un lío, se lo aseguro. ¿Cuál es el asunto?

Elmer Davidson estuvo unos segundos mirándola fijamente. Por fin, movió la cabeza, y, sin decir nada más, salió del *bungalow*. El chino hizo una seña al japonés, que comenzó a registrar las ropas de los tres rusos muertos. Ya todo reunido, cambiando unos breves comentarios mientras señalaban diversos puntos del *bungalow*. El chino dirigente negó con la cabeza, y Brigitte comprendió: no consideraba que valiese la pena registrar el *bungalow*.

—Vamos a viajar primero en coche y luego en lancha, señorita Montfort —se le acercó el chino—. Espero de su comprensión que no busque complicaciones en ningún momento.

—¿Adónde vamos? ¿Quién es Yin, dónde vive…?

—Todo lo sabrá a su tiempo. Mi nombre es Hing, y tengo órdenes de tratarla con consideración…, mientras usted no nos cause problemas. ¿Lo comprende, lo entiende?

—Desde luego.

—Magnífico. Bien, pongámonos en camino. Le he dicho a Yin que es usted muy hermosa, y está deseando conocerla…

Brigitte sonrió, lo que complació y sorprendió a Hing.

Claro que Hing no podía saber que Brigitte no se sentía ni mucho menos desdichada por el hecho de haber sido… invitada por un hombre llamado Yin. Es decir, el chino que aparecía con Elmer Davidson en las fotografías que había tomado Abel Conrad.

Lástima que no tuviese a mano la radio, para llamar a Uno y decirle que ella había encontrado al tal Yin, de un modo u otro. Pero tampoco valía la pena preocuparse: sabía que también Uno se las arreglaría para localizar a Yin.

Capítulo VIII

Su nombre completo era Yin Hao Ki, y, efectivamente, era el chino que aparecía con el general Davidson en las fotografías que el espía ruso Abel Conrad, es decir, Yehudi Kelnikof, había conseguido en Ala Wai Boulevard. Sólo que, naturalmente, la señorita Montfort se guardó muy bien de hacer el menor comentario al respecto; sí pensó, en cambio, en que su fallecido colega ruso había hecho un buen trabajo.

Yin Hao Ki tenía una hermosa mansión en Lawai Street, en el distrito de Hawai-Kai, al extremo Oeste de la ciudad, y a la que podía llegar por tierra siguiendo la Kalanianaole Highway y luego la Portlock Drive, o bien, como había sido el caso de Brigitte, directamente por mar al pequeño embarcadero construido en la playa, cruzando por entre los arrecifes de Kut Channel. Era evidente que Yin Hao Ki tenía el suficiente dinero para tener una docena de lanchas si así lo deseaba, de donde se desprendía, cosa que no sorprendió a la espía internacional, que la utilización de la lancha *Starlett*, alquilada, había sido una simple medida de precaución.

Durante el corto periplo por Maunalua Bay hasta el Kut Channel, Brigitte supo que los compañeros de Hing se llamaban Ogawa, el japonés, y Tei el otro chino; esto, y que la hermosa lancha blanca era propiedad de Yin, fue todo lo que pudo sacarles a sus captores, que, por lo demás, no le merecieron mayor interés.

Eran unos asesinos profesionales de cierto nivel, y punto. Oportunamente, tendrían su merecido.

En el amplio salón de su quinta costera, rodeado de objetos de arte, flores, palmeras enanas y aire acondicionado, Yin Hao Ki, ataviado ahora con un elegantísimo *kimono* negro con indefinibles adornos rojos, recibió, con exquisita cortesía, a la «invitada».

—Señorita Montfort —se adelantó hacia ella, tendida su bien manicurada mano—, es un gran placer y un honor conocerla.

—¿De veras? —Pareció sorprenderse la divina—. No esperaba un recibimiento tan amable, señor Yin.

—Oh, sí, sí… ¡Naturalmente que sí! Y no se trata sólo de la mediación del general Davidson, sino de un deseo personal. Soy un hombre de mundo, señorita Montfort… Lo que, forzosamente, implica una actitud de admiración hacia su persona y su labor profesional. Hace mucho, mucho tiempo que la admiro.

—¿Ah, sí? —Sintió Brigitte un escalofrío—. ¿Por qué razón?

—Caramba… ¡Es usted la mejor periodista del mundo, señorita Montfort! Y no diga que no: detesto la falsa modestia.

—Yo también —rió Brigitte, aliviada—. Creo que las cosas son lo que son, pese a quien pese.

—¡Efectivamente! ¿Ha almorzado usted?

—No.

—Yo sí lo he hecho, pero no tengo inconveniente en acompañarla mientras lo hace usted. ¿Qué le gustaría almorzar?

—La verdad es que nada, señor Yin. Todo… todas estas cosas me han quitado por completo el apetito. No sé si sus… amigos —miró de reojo hacia donde esperaban en silencio Hing, Ogawa y Tei— le han dicho… que han matado a tres hombres en mi presencia. Después de ver eso, comprenderá usted que no tenga apetito.

—Sí, lo comprendo. ¡Qué desdichado accidente, ¿verdad?!

—¿Accidente? Mire, señor Yin, yo no soy el cerebro más perfecto del mundo, pero me funciona lo bastante bien para distinguir un accidente de una… acción premeditada. Y, francamente, no me cabe la menor duda de que usted sabe bien que sus amigos son unos asesinos.

—Bueno, bueno, bueno —sonrió simpáticamente el chino—, yo no daría tanta importancia a ese asuntillo. Creo que lo mejor será olvidarlo. ¿De modo que es usted buena amiga del general Davidson?

—En estos momentos, no estoy muy segura de eso.

—Es usted muy ingrata al decir eso. —Yin Hao Ki se sentó, tras indicar a Brigitte que lo hiciera en una gran y fastuosa butaca—. El general ha intercedido por el… bienestar de usted, y, es más, he entendido que en un futuro no demasiado lejano podría incluirla en su grupo de colaboradores más allegados.

—Colaboradores… ¿en qué?

—A decir verdad —reflexionó Yin, como si no hubiese oído la pregunta de Brigitte—, considero muy acertada la elección del general. Dentro de muy poco tiempo, usted podría ser una importantísima pieza en el mecanismo de prensa del general. En cuanto a mí, personalmente abogaría para que le dieran el más importante puesto: su agudeza política, su finura de expresión periodística, siempre me han fascinado.

—Señor Yin: ¿puedo saber de qué está hablando?

—En su momento. ¿Tiene usted, quizás, alguna vinculación con la CIA?

Brigitte parpadeó. No era el momento de mostrarse como una muchachita ingenua, ni mucho menos.

—Tengo algunas amistades de cierta importancia en la CIA —respondió cautamente.

—¿Amistades personales?

—Algunas. Pero la mayoría son fruto de las circunstancias de mi labor periodística.

—Muy interesante. Eso también podría sernos de utilidad. Pero vayamos, ante todo, a la pregunta clave, a la que debe definir la actitud nuestra hacia usted… ¿Es usted muy ambiciosa?

—¿Ambiciosa?

—Pero no de dinero, por favor. Eso se daría por sobrentendido. Digamos, ambiciosa de… gloria personal. Para decirlo más claramente: ¿es usted la clase de persona capaz de todo con tal de sentirse… instalada en la cumbre?

—¿En qué cumbre?

—Sólo hay una cumbre que merezca la pena: la cumbre del poder. ¿Le interesa el tema?

—¿Qué clase de poder?

Yin Hao Ki se echó a reír inconteniblemente.

—¡Es usted fantástica! A cada pregunta mía contesta usted con otra pregunta, y así, va tejiendo una situación para mí que sólo puedo resolver sincerándome con usted completamente. Y por el momento, eso no es posible. Pero, digamos que yo considero que en el mundo sólo hay una clase de poder: el poder del más fuerte en todos los aspectos.

—¿Incluyendo el poder bélico?

—¡Naturalmente!

—Ese poder, señor Yin, ya está repartido en este mundo, si no estoy mal enterada. En cabeza de él están Estados Unidos y Rusia, indiscutiblemente.

—Por ahora —alzó un dedo Yin Hao Ki.

—¿Tiene usted la esperanza de arrebatar ese poder a Rusia y Estados Unidos? —sonrió Brigitte.

—¡Ah, qué placer me está proporcionando esta conversación, se lo aseguro! Es como estar realizando incomprensibles jugadas de ajedrez, que conducirán, indefectiblemente, a un sorprendente jaque mate. Su facilidad de comprensión es poco corriente, señorita Montfort… ¿Le sorprendería a usted que yo consiguiese, en efecto, hacerme con ese poderío bélico?

—¿Ha inventado algún arma nueva?

—No. Pero dispongo de la inteligencia suficiente para utilizar las armas conocidas hasta ahora.

—Lo que significa que se considera en disposición de utilizar en su beneficio el poderío militar ruso y norteamericano.

Yin Hao Ki quedó en verdad estupefacto durante tres o cuatro segundos, antes de exclamar:

—¡Admirable! ¿Cómo ha podido llegar tan rápidamente a esa conclusión?

—Cuestión de inteligencia, señor Yin.

—¡Sin duda!

—Muy amable. Pero dígame: ¿qué tiene que ver el general Davidson con todo esto?

—El general Davidson está en contacto con nosotros hace algún tiempo. Llevando al extremo límite nuestras precauciones para que ese contacto no fuese ni siquiera sospechado, estábamos utilizando a un hombre de Nueva York, que se comunicaba con él… discretamente. Pero, algo pasó en Nueva York, nuestro hombre de allí fue eliminado cuando las cosas estaban a punto de concretarse, y no tuvimos más remedio que enviar un enlace directo a Washington, para que se entrevistase con el general Davidson. Tras el oportuno diálogo entre nuestro enviado y el general, éste arregló sus cosas para venir a Hawaii, a fin de llevar a cabo, ya directamente con nuestro grupo, la última parte del plan. Quizás usted, como periodista, llegase a oír y hasta a escribir en algún artículo suyo el nombre de nuestro hombre en Nueva York: Chen

Lao.

—Chen Lao, Chen Lao… ¡Un momento! ¿No será el tendero de Pull Street, en Chinatown? Era un chino que tenía una bonita tienda de artículos artísticos chinos, y que… Sí, creo que fue hallado muerto a balazos en su tienda. ¿Es ése?

—En efecto. Su memoria es magnífica. No sé qué pudo pasar allí —Yin frunció el ceño—, pero supongo que fue algo relacionado con malentendidos entre profesionales…

—¿Profesionales de la venta de artículos de arte chino? Yin Hao Ki volvió a reír, divertido.

—No exactamente. Bueno, eso ya es historia pasada…, como toda la Historia, claro está. ¿Le gusta la Historia?

—Me divierte.

—¿La divierte la Historia? —Se pasmó Yin—. Fascinante. ¿Qué ve de divertido en ella?

—Lo más divertido de la Historia, señor Yin, es que todos los que pertenecen a ella están muertos. No importa cuán grandes fuesen o creyesen ser en vida, lo cierto es que están muertos… Desde Carlomagno a Stalin, desde George Washington a John Kennedy, todos están muertos. Lo que significa que todos aquellos hombres o mujeres que entren en la Historia dentro de cien años también estarán muertos.

—Me parece entender que no siente gran interés por entrar en la Historia del Mundo.

—Yo ya estoy en la Historia del Mundo, señor Yin. En primer lugar, por el simple hecho de haber vivido en el mundo. Y en segundo lugar porque, no sé si usted lo sabe, en cierta ocasión fui reina. Sólo por unos días, pero fui reina…, lo que significa que ya he entrado en la Historia del Mundo.

—Su personalidad es fascinante —Yin Hao Ki estaba verdaderamente maravillado, fascinado—… ¡Fascinante! Estaría días y días conversando sobre usted.

—A mí me interesa más otro tema. Así que repetiré mi pregunta: ¿qué tiene que ver el general Davidson con el poderío bélico, con la Historia…?

Yin se puso inesperadamente en pie.

—Venga conmigo —dijo—: voy a mostrarle, algo que será más explicativo que mis palabras. Venga, por favor.

Abandonaron el salón, cruzaron el amplio vestíbulo, y Yin abrió una puerta al otro lado, apartándose. Nada más dar un paso, Brigitte comprendió que acababa de cometer un error gravísimo; sus posibilidades de salir de allí habían sido remotas hasta entonces, pero cuando vio lo que había en aquel otro salón, supo que jamás podría salir con vida de aquella mansión…, a menos que lo hiciese en contra de la voluntad de Yin Hao Ki…, y de los demás hombres que había en el salón, todos rodeando una enorme mesa. Una enorme mesa en la que, de un solo vistazo, la espía internacional captó la forma de un mapamundi en relieve, sobre el cual se inclinaban todos los presentes, algunos provistos de largos punteros.

Todas las cabezas se volvieron vivamente hacia la puerta, y las miradas se enfriaron, se endurecieron. No había allí ningún hombre de raza blanca, y, afinando mucho su percepción, Brigitte se dio cuenta de que sólo había chinos y japoneses.

—Caballeros —dijo Yin, entrando tras ella y cerrando la puerta —, les presento a la señorita Montfort, de la que les he hablado antes, tras recibir la llamada de Hing desde Honolulu. Ellos son los señores Tong Chio —comenzó a señalarlos—, Mitsuo Suenaga, Hai Keng, Weng Kao, Hideo Miyasaka, Kameichi Akasawa…

Había algunos más, pero incluso para Brigitte la abundancia de nombres japoneses y chinos resultó excesiva para la memoria. Los presentados se limitaban a mirarla, eso era todo.

Cuando Yin terminó las presentaciones, tomó de un brazo a Brigitte, y la llevó hasta el mismo borde de la mesa que sostenía el gran mapamundi en relieve. Un mapa perfecto, de unos cinco metros de largo por cuatro de ancho…

Yin tomo un puntero de manos de uno de sus amigos, y colocó el extremo rematado en acero sobre el Mar del Japón.

—En este lugar…

Uno de los japoneses le interrumpió, y Yin Hao Ki lo miró vivamente. El japonés estuvo hablando rápidamente diez o doce segundes en su idioma, y Yin le contestó asimismo en japonés con toda soltura. Pero, apenas comenzó a hablar, los demás hicieron lo mismo, y Brigitte se dio perfecta cuenta de que, fuese cual fuese el tema de la discusión, todos estaban de acuerdo con el japonés que había interrumpido a Yin, y en contra de éste. Por fin, Yin Hao Ki consiguió silencio, y miró con divertida expresión a Brigitte.

—Mis amigos no son partidarios de que le dé a usted ninguna clase de explicaciones, señorita Montfort. ¿Usted qué opina?

—Deben de tener sus razones. ¿Hablan inglés?

—Todos ellos, por supuesto. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque han demostrado ser muy descorteses al no hablar en inglés estando yo presente. Dadas las circunstancias, yo agradecería que se adoptase el inglés como idioma oficial en esta reunión. Así me enteraré directamente y en el acto de lo que opinan sobre mí, y de cuál es el destino que me preparan.

—¿El destino que le preparamos? No comprendo…

—Tampoco ellos le han comprendido a usted —murmuró Brigitte—… Debieron comprender en el acto que si usted me ha presentado a ellos, y estaba dispuesto a explicarme sobre el mapa cosas que supongo importantísimas, es porque no piensa dejarme marchar jamás. ¿Cierto, señor Yin?

Tras suspirar profundamente, Yin lanzó un vistazo circular.

—¿Se dan cuenta, caballeros? ¡Una mujer ha captado antes que ustedes mis intenciones! En efecto, la señorita Montfort jamás abandonará nuestra compañía. Ya estaba decidido a ello desde el primer momento, pero después de escucharla mis escasísimas dudas se han disipado: una mujer de su belleza e inteligencia no pertenece al mundo de ahí fuera. Así pues, se quedará con nosotros.

—¿Para qué la queremos? —preguntó en inglés uno de los chinos.

—Digamos que la considero una… espléndida oyente. Además, la señorita Montfort, por lo que he comprendido, es… totalmente opuesta en ideas y carácter a todos nosotros. Nos será de utilidad para contrastar nuestros proyectos, digamos que será… el ser humano piloto que nos hará comprender cuál sería la reacción del mundo ante nuestros proyectos. Le diremos lo que pensamos hacer, y, ante su reacción, podremos hacernos una idea de la… reacción psicológica mundial. ¿Le parece inteligente mi idea, señorita Montfort?

—En absoluto —negó Brigitte—: yo no soy un robot que pueda orientarlo a usted sobre cómo reaccionarán otras personas. No todas son iguales a mí, ni yo igual a todas. A decir verdad, mi carácter es notablemente diferente al de la mayoría.

—¿De veras? En ese caso, quizá no podrá sernos tan útil como

yo había pensado.

—Para lo que usted ha pensado, no. Pero es posible que mis sugerencias en el aspecto logístico les resulten interesantes. Y digo esto porque con sólo mirar este mapa he comprendido que se está preparando una… invasión del Japón. ¿Cierto, señores? Vamos, vamos, no pongan esas caras… ¡Pero si se ve enseguida!: tienen ustedes el Mar del Japón lleno de barquitos de juguete que apuntan con sus proas hacia las islas niponas. ¿Realmente China piensa invadir Japón por el mar? Y si es así, ustedes, los que son japoneses aquí, ¿piensan colaborar en ello?

Cuando Brigitte terminó de hablar, el silencio resultó no poco notable. Si la espía había querido impresionar a aquel grupo de hombres, lo había conseguido plenamente.

—¿Nadie contesta? —Frunció el ceño Brigitte, mirando de uno a otro personaje—. Está bien, no importa. Pero debo decirles que considero un error por parte de ustedes, tanto de chinos como de japoneses, ampararse en el Tratado de Amistad recientemente firmado para cometer un disparate semejante. No engañarán a nadie. Tarde o temprano tendrán que poner en evidencia sus verdaderas intenciones de agredir a Rusia, y entonces…

—¿Qué ha dicho usted? —aulló uno de los japoneses.

—He dicho que…

—¡Nadie podría pensar jamás que se está tramando nada contra Rusia!

—Pues a mí se me ha ocurrido. Es más, se me está ocurriendo que la invasión de la costa Oeste japonesa no se llevaría cabo por barcos chinos… Claro… ¡Estos barcos que ustedes han colocado en el Mar del Japón no son chinos, sino rusos! Son barcos rusos, ¿verdad?

A cada palabra de Brigitte Montfort era como si los chinos y los japoneses fuesen recibiendo mazazo tras mazazo.

—¿Cómo se le ha podido ocurrir semejante cosa? —susurró un chino de edad muy avanzada.

—No hay más que ver la disposición de los barcos acercándose a la costa japonesa. No parecen llegar del sur, esto es, de la costa china y cruzando el Estrecho de Corea… ¡Qué absurdo! Para hacer eso, y quedar toda la flota encerrada en el Mar del Japón, sería mejor navegar por el Estrecho de Tokara, al sur de Japón, y subir

hacia Tokio por la costa este. La ruta es un poco más larga, pero más segura… si algo sale mal…, lo que sería más que probable. Pero no hay cuidado, pues esos barquitos de juguete —los señaló sobre el mapa en relieve— son rusos, no chinos. Y si pretenden hacerme creer que son barcos chinos que han zarpado desde Corea del Norte, olvídenlo: la flota rusa con base en Vladivostok los detectaría enseguida, y en pocos segundos el mundo entero sabría que, tras firmar un Tratado de Amistad, China se proponía invadir Japón… ¡Qué tontería, cielos! No, no puede ser eso. En cambio… Sí, en cambio, nadie va a sorprenderse mucho por ver en el Mar del Japón navíos de la flota rusa. Así pues, esos barquitos representan la flota rusa, o algunos barcos aislados, pero siempre rusos. Lo que no comprendo es qué pretenden hacer ustedes cuando los barcos rusos estén en esta posición en el Mar del Japón. Aunque… Bueno, considerando que los verdaderos propósitos de ustedes son comprometer a Rusia, la conclusión es fácil.

—¿Qué conclusión? —jadeó Yin Hao Ki.

—Yo diría que cuando la flota rusa se esté acercando rutinariamente a la costa este japonesa, unos cuantos submarinos chinos y japoneses quizá entrarían en acción. Sí, podría ser esto: unos cuantos submarinos chinos y japoneses irían por delante de la flota rusa, y cuando ésta se hallase relativamente cerca de la costa japonesa, los submarinos chinos y japoneses emergerían, y dispararían sus cañones convencionales, o, si la distancia, lo requería, sus proyectiles de largo alcance contra la costa japonesa. Inmediatamente, se sumergirían, mientras los sistemas de radar de la costa japonesa, así como las noticias siempre actualizadas sobre la posición de la flota rusa, darían a entender que la agresión solamente había podido partir de la flota rusa, noticia que sería inmediatamente radiada a todo el mundo. Esta noticia, sería captada por los submarinos que habrían realizado el ataque, los cuales se apresurarían a comunicar que acudían en busca de la flota rusa. Primero se alejarían, para que no se sospechase de ellos, y luego regresarían, para salirle al paso a los rusos, que naturalmente habrían captado las noticias, y, como primera providencia mientras intentaban convencer al mundo de que ellos nada habían hecho contra Japón, habrían puesto rumbo a Vladivostok a toda máquina. Pero los submarinos chinos y japoneses les saldrían al paso, y se

iniciaría la primera batalla naval de la deseada Tercera Guerra Mundial…, en la que no tardarían en intervenir los Estados Unidos de América…, naturalmente a favor de los japoneses, y de sus recientes amigos chinos, De este modo, ustedes y unos cuantos fanáticos comandantes de las armadas china y japonesa, o de algunos de sus navíos, habrían puesto en marcha esa guerra…

»¡Claro! Y ahora comprendo qué pinta el general Davidson en esto: debieron de seleccionarlo ustedes para que les asesorase sobre determinadas cuestiones, no sólo logísticas, o de combate propiamente dicho, sino respecto a la posible actitud futura de Estados Unidos, del Pentágono, cuando se supiera que Rusia había agredido a Japón… ¿No es eso? ¿Es eso lo que están tramando ustedes con la colaboración del general Davidson y de algunos comandantes de navíos de guerra chinos y japoneses? ¿Sí o no, caballeros?

El anciano chino que había hablado antes se tambaleó. Otro chino más joven, que estaba a su lado, lo sujetó por un brazo, y uno de los japoneses acercó rápidamente una silla para el anciano, que se dejó caer en ella. El silencio era terrible, pero no tanto como la expresión de aquellos rostros lívidos, demudados. Había en los orientales ojos estupor y espanto, todos contemplando a la mujer que acababa de propinarles un golpe tremendo.

Por fin, un chino de edad mediana, carraspeó y dijo:

—Si esta mujer, sólo con ver el mapa, ha llegado a estas conclusiones ¿cómo podemos pretender que los estrategas japoneses, chinos y americanos no adictos a nuestro plan no se den cuenta de la farsa?

—Hay que abandonar el proyecto —jadeó otro—… ¡Sería una locura seguir adelante con él en estas condiciones! Yo estoy de acuerdo con Keng: si una simple mujer ha comprendido todo el alcance del plan…

—No puede ser —negó un japonés—… ¡Es imposible que ella haya comprendido todo esto! ¡Llevamos mucho tiempo preparándolo, hemos tenido en cuenta todos los factores, hemos…! ¡Davidson debe de haber hablado más de la cuenta con ella! ¡Por eso sabe la verdad!

Por un momento, la esperanza renació en los rostros orientales. Pero Brigitte se apresuró a desengañarlos.

—Pregunten al general, y él les dirá que jamás me habló de nada de esto. Simplemente, lo he comprendido por mí misma. ¡Pero si es muy fácil!

No era en absoluto fácil comprender todo lo que Brigitte había explicado, y, por supuesto, ni ella misma habría comprendido nada tan sólo viendo aquellos barquitos sobre el Mar del Japón en el mapa si, con anterioridad, y gracias a los expertos en claves de la CIA, no hubiese leído el mensaje cifrado que, utilizando los textos de un catálogo de objetos artísticos chinos, Chen Lao había enviado al general Elmer Davidson diciéndole que los preparativos para la guerra que significaría la caída definitiva del poderío ruso estaban en marcha.

Pero Brigitte sabía esto, y gracias a ello pudo obtener conclusiones. Conclusiones que se había apresurado a exponer con el fin de que los allí reunidos creyesen que su plan era ingenuo, y que sería descubierto fácilmente por todos. Si una simple mujer comprendía todo el bien tramado plan… ¿cómo no habían de comprenderlo profesionales de la guerra?

Y así, de este modo, intentando hacer desistir de aquel plan a Yin Hao Ki y sus amigos, Brigitte *Baby* Montfort contribuía una vez más a evitar fricciones en el mundo… pese a saber que, más que nunca, ninguno de aquellos hombres estaría dispuesto a dejarla marchar con vida. Mala suerte, pero, incluso muerta, les habría arruinado sus planes…

—Hay que llamar a Davidson —dijo un chino—… ¡Que venga aquí, y que nos explique qué es lo que ha hablado con esta mujer! ¡Yo no puedo creer que ella sola, sin más que ver unos barcos en un mar, haya llegado a esas conclusiones!

—Pues se equivoca usted —lo miró Brigitte—. Es tan fácil comprender todo esto que…

—¡Cállese! —le gritó un japonés, que miró enseguida a Yin Hao Ki—. Exigimos que venga Davidson, y si él se ha ido de la lengua…

—Calma —pidió Yin—. Yo no creo que Davidson le haya explicado nada de esto a la señorita Montfort, a juzgar por la relación que había entre ellos, que Hing me explicó por teléfono.

—¡Entonces es que ella lo ha comprendido todo por sí sola! —exclamó el chino Weng Kao—. ¡Y eso nos convierte a todos, y a los militares y estrategas que hemos consultado, en unos pobres

imbéciles!

—Esto no tiene sentido —intervino el joven japonés Mitsuo Suenaga—. Seamos sensatos. Hemos contado con la colaboración de estrategas chinos y japoneses adictos a nosotros y de cuya valía militar no cabe dudar. Ellos, como todos nosotros y el general Davidson, esperamos alcanzar los máximos puestos de poder en el mundo cuando la Tercera Guerra Mundial haya finalizado… Esto no es un juego, son unos planes bélicos de altísimo nivel. Mi firme opinión es que nadie, y menos una mujer, puede haberlos comprendido por sí sola tan sólo echando una mirada a la maqueta.

—Pero si el general Davidson no le ha dicho nada…

—¿Y por qué tiene que haber sido el general Davidson quien haya hablado de esto a la señorita Montfort? —deslizó Suenaga.

Sus palabras fueron asimiladas lentamente por los demás. Por fin, todas las miradas cayeron sobre Brigitte.

—Mitsuo tiene razón —susurró Yin Hao Ki—… ¿Verdad, señorita Montfort?

Capítulo IX

—No —negó Brigitte—, no tiene razón.

—Vamos, sea razonable. Estoy seguro de que usted ha comprendido perfectamente la situación. No es factible que una mujer sea capaz de comprender unos planes como éstos con tanta facilidad. Pero ¿qué digo, comprender? ¡Usted, más bien, parece haberlos adivinado, lo que, en mi opinión, es mucho más que comprender!

—Están ustedes olvidando, caballeros, que dirijo la Sección Internacional de un diario neoyorquino. ¿Creen que ese puesto me ha sido obsequiado graciosamente, o que me he hecho digna de él por mi capacidad profesional periodística? Yo también les pido a ustedes que sean razonables. El señor Yin, que ha confesado ser un admirador de mi labor periodística, ¿les parece a ustedes un cretino, o un hombre inteligente que sabe distinguir a un buen periodista de un mal periodista?

—Eso es cierto —murmuró Yin—… Hace años que ella escribe unos artículos de altísimo nivel político, sí. Y dudo mucho que durante todos estos años… ¡Un momento! ¿Qué me dice de Chen Lao?

—¿Chen Lao? —murmuró Brigitte—. Ah, sí, el chino que tenía la tienda de…

—¡El colaborador nuestro que fue asesinado en Nueva York! ¡Y usted reside en Nueva York! ¿Conocía a Chen Lao? ¿Estuvo alguna vez en relación con él? Y profundizando más… ¿por qué no puedo pensar que usted tuvo algo que ver con su muerte, que antes hizo hablar a Chen Lao…? ¡Tiene que ser eso!

—No diga tonterías —rechazó Brigitte, sintiendo de nuevo un escalofrío que recorrió todo su cuerpo—… ¡Jamás tuve nada que ver con ese chino!

Todos la miraban fijamente. De pronto, Yin Hao Ki comenzó a

hablar en su idioma, y todos le escucharon atentamente. Brigitte se dio cuenta de que llegaban a un rápido acuerdo, aunque en toda la breve conversación sólo distinguió la palabra «Davidson».

Yin se dirigió hacia la puerta, la abrió, y dio una voz.

Inmediatamente, Hing, Ogawa y Tei aparecieron en la puerta, escucharon a Yin, y acto seguido se acercaron a Brigitte, a la que tomaron por los brazos.

Yin, que también se había acercado a Brigitte, murmuró:

—Lamento mucho que su actitud me obligue a deteriorar nuestras simpáticas relaciones, señorita Montfort, pero espero que comprenda que no me deja usted otra alternativa.

—¿Qué piensan hacer?

—Hing y los otros se van a encargar de convencerla a usted de que debe… adoptar una actitud más sincera con nosotros. Pero todavía está a tiempo de ahorrarse un mal rato. ¿Me comprende?

—Sí —había palidecido la espía—. Pero van a perder el tiempo, Yin: no podré decir más de lo que he dicho aunque me maten.

—¿Matarla? Oh, no… ¡Claro que no! No la mataremos…, aunque usted nos lo pida llorando a lágrima viva. ¡Lleváosla! Y mientras vosotros os ocupáis de ella, yo voy a requerir la presencia aquí del general Davidson. ¡Ya basta de perder el tiempo!

Brigitte fue sacada del salón, y llevada hacia el fondo de la casa. Ogawa y Tei la sujetaban por los brazos, y Hing caminaba tras ella pistola en mano. Era el único que en aquel momento empuñaba un arma, y, por tanto, la ocasión perfecta para que la agente Baby se enfrentase a ellos. Podía haberlo hecho perfectamente, pero tenía que esperar. Tenía que esperar un par de minutos, quizás algo más… El tiempo suficiente para que Yin citase allí por teléfono al general Davidson.

En los dos primeros minutos, los tres orientales llevaron a Brigitte a una habitación del fondo de la casa, cerca de la cocina. Una habitación sin ventanas, sin más acceso que la puerta, y en la que se veían cajas conteniendo botes de conservas, una gran aspiradora, sacos, estanterías con botellas… La despensa.

Dos minutos. Necesitaba otro minuto más. Sólo otro minuto más…

—Atadla a esa estantería —dijo Hing, en inglés.

La colocaron de espaldas a la estantería señalada, llena de

botellas. Hing y Tei quedaron frente a ella, mientras Ogawa retiraba unos ásperos cordeles de una caja grande. Durante unos segundos, los estuvo desliando. El silencio era total. Tres minutos. Oh, sí, ya debían de haber pasado tres minutos, por lo menos…

—Levante los brazos hasta esos montantes —señaló Hing.

La estaban tratando como a un ser inofensivo. No tenían ni la más remota idea, ni la más pequeña sospecha sobre las auténticas posibilidades de la señorita Montfort. El error de siempre, el mismo error que tantos y tantos enemigos masculinos de la espía más peligrosa del mundo habían cometido.

—Más arriba —exigió Hing, impaciente.

Tei hizo un comentario en su idioma, y Hing rió.

—Tei acaba de tener una buena idea —explicó, con tono riente —: antes de estropearla demasiado la vamos a violar los tres. ¿Alguna vez la han violado, señorita Montfort?

Brigitte no contestó. Había vuelto la cabeza para ver los montantes que le había señalado Hing. Y vio no sólo los montantes, sino las botellas que había en las estanterías que soportaban. Alzó los brazos, y Tei y Ogawa se acercaron a ella, cada uno con unos trozos de cordel en las manos…

Las manos de la señorita Montfort se desviaron un poco, velozmente, de pronto. La izquierda, algo más torpe, sólo consiguió derribar una botella. La derecha agarró una por el cuello, describió un velocísimo arco hacia abajo, y reventó sobre la cabeza de Tei en el mismo momento en que la otra llegaba al suelo.

Tei emitió un alarido, y se desplomó ante los pies de Brigitte, con la cabeza convertida en un amasijo de sangre y vino, en el momento en que la espía alzaba su rodilla izquierda y la incrustaba con toda su fuerza entre las ingles de Ogawa, que lanzó un formidable berrido y dio un grotesco salto, para caer de rodillas, encogido, demudado el rostro.

Hing también había gritado de sorpresa, de sobresalto, y su mano derecha, tras un instante de vacilación, empuñó con más fuerza la pistola… Brigitte pasó la pierna derecha por encima del cuerpo de Tei, y su cuerpo se venció hacia delante, con fuerza. Pero más adelante llegó su mano derecha, que todavía empuñaba los restos de la botella que había roto sobre la cabeza de Tei. La luz de la bombilla se reflejó con mil destellos sobre el cuello de la botella

cuyas agudas aristas se dirigían hacia Hing, que lanzó otro alarido ahogado, y apretó el gatillo de su pistola.

En ese mismo instante, la mano izquierda de Brigitte desviaba la mano derecha de Hing. Y su mano izquierda, con la rota botella por delante, llegaba al cuello del chino. El impacto fue tremendo, y mientras la bala disparada por Hing rompía otra botella, su garganta se abría como papel mojado bajo los agudos bordes de vidrio. Cuando cayó hacia atrás, un chorro de sangre brotó de su garganta hacia arriba, reluciente, viscosa, salpicando a todos lados.

Si Brigitte Montfort no se hubiese jugado la vida tantas veces con anterioridad, habría muerto allí mismo, en aquel momento, porque Ogawa, todavía arrodillado, y pese al dolor, había sacado su pistola, y comenzaba a apuntarla. Pero eran muchos años de riesgos, de toda clase de peligros y situaciones, y la espía internacional sabía que Ogawa no había quedado inutilizado definitivamente, así que, todavía estaba cayendo Hing degollado hacia atrás cuando ya ella saltaba hacia donde caía la pistola del chino. Cayó junto al arma de rodillas la empuñó con gesto frenético, se tiró al suelo, rodó hacia un lado velozmente, y en cuanto hubo dado una vuelta completa buscó a Ogawa con la mirada y disparó.

Ogawa no tuvo ni siquiera tiempo de disparar. La bala disparada por Baby le acertó en el ojo derecho, lo reventó, y sacudió su cabeza hacia atrás cuando salió por la coronilla lanzando un surtidor de sangre, cabellos y masa encefálica.

Todavía dio Brigitte otra rápida vuelta alejándose del lugar desde el que había disparado. Pero ya no era necesario. En cuestión de segundos, el asunto había quedado resuelto. Jadeante, fue mirando de uno a otro asesino. No tenía la menor duda sobre la muerte de Ogawa, y no parecía probable que Hing hubiese sobrevivido al golpe con la botella rota, pero quizá Tei todavía estaba con vida…

Se puso en pie lentamente, mirando de Tei a Hing, y de éste a Tei. Examinó primero a Tei, que estaba muerto, con el cráneo hundido. En cuanto a Hing, ahora que lo veía mejor, ni siquiera se molestó en inclinarse sobre él para tomarle el pulso. Tenía suficiente con ver sus ojos desorbitados y fijos para saber que estaba muerto.

El pestazo a vino era tremendo.

Brigitte hizo un mohín de desagrado, y tras recoger rápidamente las pistolas de Ogawa y Tei, y deslizar esta última en su escote, abandonó la despensa, llevando una pistola en cada mano… ¿Qué era lo que le convenía hacer ahora? Tenía tres alternativas. Una, esconderse en la casa, esperando la llegada de Davidson. Dos, salir de la casa para escapar en primera instancia…, pero esto tenía el riesgo del enfrentamiento con los hombres de Yin que había fuera. Tres, ir al salón y, pistolas en mano, dominar a los orientales allí reunidos a le espera de Davidson y de…

Mientras pensaba todo esto, había llegado muy cerca del amplio vestíbulo…, y de pronto, en éste se abrió la puerta del salón en el que poco antes la había recibido Yin Hao Ki, el cual salía de allí, con gesto un tanto ceñudo. Efectivamente, ya había telefoneado a Elmer Davidson…

Yin vio a Brigitte al mismo tiempo que ella le veía a él. La primera reacción del chino fue un gesto de estupor, de desconcierto total. Acto seguido abrió la boca, dispuesto a gritar…

Plop, disparó una vez más la divina espía.

Pero no consiguió silenciar a Yin, sino que, al contrario, éste gritó aún con más fuerza al recibir el balazo en el hombro derecho, que le hizo girar, perdiendo el equilibrio, hacia el interior del salón que acababa de abandonar. Y una vez fuera del alcance de los disparos de Brigitte, Yin Hao Ki todavía gritó más, se lanzó a soltar alaridos y palabras en su idioma.

Brigitte corrió, cruzó el vestíbulo, y apareció en la puerta del salón, muy abiertos los ojos. En alguna parte se oían voces… Arrodillado junto a un sillón, Yin Hao, manchado de sangre profusamente, estaba retirando la mano de la juntura del respaldo y del asiento. Se volvió, empuñando la pistola y comenzando a ponerse en pie…, y lanzó otro alarido cuando vio a Brigitte ya apuntándole.

—¡No, no…!

Plop, disparó Baby.

La bala acertó a Yin Hao Ki en el centro de la frente, y lo derribó de espaldas brutalmente, mientras la pistola saltaba por el aire. Brigitte dio media vuelta, y corrió… hacia la puerta del otro salón, que comenzaba a abrirse, mientras oía más cerca gritos procedentes del exterior de la casa.

Uno de los chinos apareció en la puerta del salón de la maqueta, casi empujado por otros hombres que también querían salir a toda prisa, alarmados. Brigitte alzó la pistola, y disparó. La bala pasó alta por encima de las cabezas de los orientales, crujiendo secamente, y les hizo desistir de salir del salón, les impelió a dar la vuelta y regresar al interior, atropellándose unos a otros.

Lo que menos podían esperar aquellos hombres era la reacción que tuvo la señorita Montfort: corrió hacia ellos, entró en el salón prácticamente tocando la espalda del último, y cerró la puerta de un taconazo.

—¡Todos con los brazos en alto y de cara a la pared! —ordenó—. ¡Deprisa…! Plop, disparó una vez más. Y siete u ocho pasos más allá, el japonés Suenaga lanzó un alarido, soltó la pistola que había sacado de su axila, y cayó de espaldas, rígido. Otros dos hombres tenían la mano en la axila, pero el movimiento de la pistola de Brigitte les hizo comprender perfectamente el riesgo, y quedaron inmóviles… Ahora, los gritos, en chino, sonaban dentro de la casa, en el vestíbulo, y se oían advertencias, ruido de pies…

—Todos los brazos en alto —ordenó de nuevo Brigitte, jadeante—… ¡Y pónganse todos de cara a la pared, vamos, deprisa!

Ella corrió hacia un lado de la maqueta, desde el cual podía dominar a los orientales encerrados en el salón y la puerta, que comenzó a abrirse…

Plop, plop, plop, disparó Brigitte Montfort.

Diminutas astillas saltaron de la madera, y al otro lado se oyó un grito de dolor, más gritos, de nuevo ruido de pies.

—¡Si alguien intenta abrir esa puerta, mataré a todos los hombres que están conmigo! —gritó Brigitte—. ¡¿Está claro?!

Ahora, el silencio era total. Parecía como si, de pronto, no hubiese nadie en la casa. Brigitte se fue serenando. Oía ahora las densas respiraciones de sus prisioneros. Los contó rápidamente: once en total. Es decir, que estaban todos allí. Dirigió la mirada hacia Matsuo Suenaga, pero enseguida comprendió que ya no debía preocuparse por éste.

—Saquen sus pistolas, con dos dedos, y déjenlas caer junto a ustedes. Luego, con un pie, empújenlas hacia mí. ¡Vamos!

Cuatro hombres la obedecieron, en silencio.

—¿Nadie más está armado? ¡Coloquen todos las manos en la

pared, bien altas por encima de sus cabezas! Y repito: ¿nadie más está armado?

Nadie contestó. Brigitte se acercó, recogió las cuatro pistolas y la de Suenaga, y las colocó sobre la maqueta, siempre dando frente a la puerta del salón. Las pistolas quedaron dispuestas de tal modo que podía ir utilizando una tras otra hasta agotar el cargador. Tenía ocho pistolas en total, aunque la que ya había utilizado debía de estar prácticamente vacía. La dejó separada de las otras, y empuñó una con el cargador lleno.

Miró su relojito de pulsera. ¿Cuánto podía tardar en llegar Davidson? Si venía por mar, tardaría más o menos lo mismo que ella en la lancha de Yin. Si venía por carretera, quizá llegase un poco antes. No mucho, porque dependía del tráfico que hubiese a aquella hora. Bueno, tanto daba, en realidad. Lo cierto era que tenía que sostener aquella situación no menos de… doce o quince minutos. Había unas siete millas desde Waikiki a Hawai-Kai. Sí, siete u ocho. Es decir, no menos de quince minutos, entre unas cosas y otras.

Muy bien. Quince minutos.

Uno de los orientales se movió. Brigitte apunto, disparó, y la bala rebotó en la pared a dos pulgadas de la cabeza del hombre, que lanzó un respingo y quedó inmóvil, como una figura de cera.

—Les advierto que están ante una tiradora de excepción, y que no volveré a disparar alto. El primero que se mueva, nunca más podrá volver a hacerlo…

Sin mirar siquiera, se dio cuenta de que la puerta se estaba abriendo, despacio, en silencio. Flexionó las piernas, de modo que quedó detrás de la maqueta, y apuntó con las dos pistolas hacia la puerta, que continuaba abriéndose despacio, despacio, despacio, en silencio… Una fría sonrisa apareció en los sonrosados labios de la señorita Montfort. ¿No querían creer sus advertencias? Muy bien, allá ellos.

La puerta terminó de abrirse bruscamente, y dos hombres se precipitaron dentro del salón, pistola en mano, buscando con ojos desorbitados a la mujer de los ojos azules…

Plop, plop.

Los dos disparos sonaron casi juntos. Los dos hombres cayeron a la vez, tropezando uno con otro, sin haber tenido siquiera tiempo de

separarse para colocar a Brigitte entre dos fuegos. Afuera se oyeron gritos, de nuevo ruido de pies…, y otra vez el silencio. Era de esperar que tanto unos como otros hubiesen aprendido la lección.

Una lección que debía de tenerlos no poco sorprendidos, pero, ciertamente, Brigitte no podía andar con disimulos sobre sus verdaderas posibilidades de lucha, en aquella situación.

Un minuto.

Dos.

Tres.

Cuatro… Silencio.

Y de pronto, la voz de uno de los prisioneros:

—¿Puedo volverme?

—No.

—¿Qué pretende usted? ¿Qué está esperando? Su situación no es sostenible por mucho tiempo. Davidson no tardará en llegar, y eso no va a favorecerla, ya que él sabrá cómo dominarla. En todo caso, es imposible que usted salga de aquí con vida… ¿No le parece más inteligente que llegue a un acuerdo con nosotros?

—Le diré a qué acuerdo voy a llegar con ustedes: serán detenidos, interrogados adecuadamente, y dirán los nombres de todos los chinos y japoneses que intervienen en esto, así como los nombres de cualquier otra persona, militar o civil, que tenga algo que ver con este complot privado destinado a provocar nada menos que la Tercera Guerra Mundial. Porque se trata de eso, ¿no es cierto?, de un complot privado.

—Es privado en principio, pero usted no se ha dado cuenta del alcance que tendrá más adelante oficialmente. Los objetivos que tenemos…

—No me los diga —corto despectivamente Brigitte—. ¿Quiere que se los diga yo? Conozco el juego. Por ejemplo, Japón podría extender sus dominios territoriales aparte de Siberia, con lo que terminarían sus problemas demográficos. China, no sólo se quedaría también parte de Siberia, y posiblemente Mongolia, sino que habría eliminado, por fin, la amenaza que para ella significa Rusia en sus fronteras… Y así, algunas cosillas más. Y claro está, todos ustedes serían los… héroes nacionales de sus respectivos países cuando finalmente, entre China, Japón y Estados Unidos hubiésemos aplastado a la Unión Soviética. ¿No es así?

—Ya que es tan inteligente, comprenderá los grandes beneficios que ello proporcionaría a Estados Unidos.

—¿Beneficios? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo tendríamos que esperar para que China, increíblemente robustecida, comenzase a planear su expansión por el resto del mundo…, quizás empezando por su amiga Japón, o por los propios Estados Unidos? No, gracias. Ustedes tienen, un Tratado de Amistad oficialmente, pero sé que eso no significa nada. Nada, significa nada, salvo la auténtica intención de convivir pacíficamente. Y mientras existan sujetos como ustedes, eso no será posible. En cuanto a colaborar en una Guerra Mundial, caballeros, ustedes no tienen ni idea de a quién le están proponiendo semejante cosa.

—Usted ocuparía en el mundo un puesto que…

—Ya ocupo un maravilloso puesto en el mundo, así que dudo mucho que su oferta pueda tentarme. Yo no soy como el general Davidson… Por cierto, ¿qué le han ofrecido a él para cuando todo hubiese finalizado? ¿La Presidencia de los Estados Unidos de América? ¿Le habrían apoyado para conseguir ese puesto para él y formar así un grupo invencible: China, Japón, Estados Unidos…, y con Rusia ya aniquilada?

Nadie contestó. Brigitte frunció el ceño.

—¿Conque es eso? ¿Eso es lo que ve en su futuro el general Davidson, la Casa Blanca? Claro… ¿Qué mayor puesto en el mundo, sino Presidente de los Estados Unidos? Fantástico en verdad. Pero deben empezar a olvidar esos proyectos, créanme; sus posibilidades han sido destruidas.

—Si usted quisiera, podríamos llegar a un…

—No pierda el tiempo. Y cállese, pues quiero oír todo lo que sucede a mi alrededor, y su charla me lo impide, me molesta. No quiero volver a oír una sola voz.

Capítulo X

Lo que, finalmente, todos oyeron, no fueron voces, sino disparos. Tras los disparos, sí, volvieron a oírse voces y ruido de pies, pero por poco tiempo. Hubo gritos, carreras, se oyeron fuertes golpes, más disparos…

Por fin, todo quedó de nuevo en silencio. Hasta que, de pronto, una voz sonó fuera del salón, junto a la abierta puerta:

—¿Alguien necesita ayuda aquí dentro?

Brigitte suspiró profundamente, y dijo:

—Yo, mi amor. Pero entra tranquilo, no hay problema.

Número Uno apareció en el salón, pistola en mano. De un vistazo, captó la situación, se volvió, e hizo una seña. Varios hombres armados entraron en el salón, y se hicieron inmediatamente cargo de los prisioneros orientales, comenzando por registrarlos a todos en busca de armas y documentos… Mientras tanto, Número Uno rodeó la mesa donde estaba la maqueta, la miró con indiferencia, y guardó la pistola, mirando ahora a Brigitte.

—¿Estás bien? —preguntó, como si el asunto no le importase realmente demasiado.

—Sí.

—Bueno, pues vámonos. Tus Simones se encargarán del resto.

—¿No te interesa todo esto? —señaló Brigitte la maqueta. Número Uno encogió los hombros.

—No demasiado. Entiendo que el asunto ha terminado, y eso sí me importa. Además, tengo al general Davidson, de modo que si quisiera saber algo, él me lo diría.

—¿De modo que te decidiste a actuar directamente contra Davidson, sin consultarme? —refunfuñó Brigitte.

—¿Consultarte? ¿Y cómo? Estuve buscando a Davidson, pero había desaparecido, como tú. De pronto, apareció en el hotel, donde yo decidí colocar vigilancia. Me avisaron enseguida, fui allá, y nos

estábamos organizando para vigilarlo estrechamente cuando de pronto sale del hotel en coche. No quise esperar más. Fui al coche, le metí la pistola bajo la nariz, y le expuse mis pretensiones.

—¿Qué pretensiones?

—Le dije que sabía que era un cerdo, y que estaba convencido de que sabía dónde estabas tú, y que le convenía colaborar para que yo te encontrase, pues de otro modo, le iba a cortar el cuello. Se resistió un poco, pero cuando le dije que a mí sus cochinadas no me importaban en absoluto, y que lo único que quería era evitar que le ocurriese nada a la mujer que amaba más que a mi propia vida…

—¿Eso le dijiste? —sonrió luminosamente Brigitte.

—Algo así.

—No, no, nada de algo así… ¡Quiero saber qué le dijiste exactamente! ¿Cómo le dijiste que me amabas, con qué palabras…? ¡Oh, Uno, quiero saberlo!

Los agentes de la CIA, que primero se habían vuelto no poco sorprendidos por el giro de la conversación, los miraban ahora sonrientes, en verdad divertidos. ¿No era gracioso aquello? ¡Una mujer que había tomado ella sola una casa llena de enemigos era ahora una dulce demandante de palabras de amor…!

Número Uno soltó un gruñido, tomó por los hombros a Brigitte, y la atrajo hacia él, besándola en la nariz. Luego pareció que iba a decir algo, pero, en aquel momento, cayó al suelo el primero de los prisioneros, sobresaltando a los agentes americanos, que se quedaron mirando atónitos al chino recién derrumbado…

—¡Las cápsulas! —gritó de pronto Brigitte—. ¡Las cápsulas, nos hemos olvidado de las cápsulas que…!

Los agentes de la CIA saltaron hacia los prisioneros, dispuestos a impedirles romper con sus dientes las cápsulas que ocasionarían su muerte, pero ya era demasiado tarde. El ejemplo dado por el primer prisionero en preferir la muerte al cautiverio y la confesión de todos sus planes, fue seguido por los demás, y en pocos segundos, ante el pasmo y el espanto de los espías, éstos sólo tuvieron cadáveres a sus pies.

—Por Dios —jadeó Simón-Honolulu—… Hemos tenido que matar a varios hombres ahí fuera, en la casa y el jardín, pero ellos han… han luchado como fieras. En cambio, éstos…

—Todos ellos luchan hasta que comprenden que todo está

perdido —susurró Brigitte; miró a Número Uno—… Tienes razón, mi amor: será mejor que salgamos de aquí.

Este es el final

Cuando entraron en el coche dentro del cual esperaban dos agentes de la CIA y el general Davidson, éste los miró con los ojos desorbitados.

—¿Qué… qué ha pasado ahí dentro? —jadeó.

—Se lo diré a mi manera, Elmer —murmuró Brigitte—: olvide sus sueños de llegar a la Casa Blanca. ¿Me ha comprendido?

—Sí… Sí. ¿Qué… va a ser de mí?

—¿Por lo que ha intentado? La verdad es que no lo sé, ni tengo por qué decidirlo yo, naturalmente —Brigitte miró a los dos agentes de la CIA que ocupaban los asientos delanteros—… Gracias, muchachos. Ya no vamos a necesitarlos, así que pueden marcharse… ¿Querrían hacer algo especial por mí?

—¡Por supuesto que sí!

Brigitte les indicó dónde estaba el *bungalow* en el que habían quedado los cadáveres de los tres rusos, y terminó:

—Busquen al jefe ruso en Honolulu, y llévenlo allá, para que se haga cargo de los cuerpos. Y ayúdenlo a retirar del Depósito el cadáver de Abel Conrad. Pero no les den ninguna explicación, no se les ocurra ni siquiera mencionar al general. Tan sólo díganles que se trataba de un complot chino contra Estados Unidos, no contra Rusia, ¿comprenden? Sólo eso, pero dejen bien claro que los chinos no pretendían matar rusos, que creían que sus camaradas eran de los nuestros. ¿Está claro?

—Está clarísimo —murmuró Simón—: lo que usted quiere es evitar fricciones entre Pekín y Moscú.

—Exactamente. Ya están las cosas bastante mal para eso. Gracias, queridos.

Los dos espías sonrieron, y se apearon. Número Uno pasó al volante, y puso en marcha el coche, emprendiendo el regreso hacia Waikiki. Elmer Davidson, por fin, pudo reaccionar, mirando con

desconcierto a Brigitte.

—Son de la CIA —murmuró—… ¿Y usted les da órdenes?

—Digamos que son muchachos amables conmigo, Elmer. Pero no lo serán demasiado con usted.

—No… no comprendo bien esto… ¿Adónde vamos ahora?

—Al hotel.

—¿Quiere decir que la CIA no va a… a detenerme?

Brigitte Montfort se volvió un poco en el asiento, para mirar completamente de frente a Davidson.

—Le diré cuáles son mis proyectos inmediatos, general Davidson —señaló a Número Uno—; él y yo abandonaremos Honolulu esta misma tarde, pero, ya que estamos en las Hawaii, nos quedaremos aquí hasta el Año Nuevo, descansando y tomando el sol en cualquier islita donde no haya mucha gente, y en un lugar al que sólo se pueda llegar por mar. Un pequeño paraíso, ¿comprende?

—Sí, sí, pe-pero… ¿Y yo? ¡La CIA…!

—Usted, general, se quedará en su hotel hasta que lo visite en éste el jefe de la CIA en las Hawaii, se pondrá de acuerdo con él, y así lo convertiremos en un héroe americano. Un héroe que no dudó en introducirse entre un grupo de locos con la intención de desenmascararlos directamente, personalmente. En la estricta intimidad oficial del Pentágono y de la Casa Blanca, usted es un traidor, un… pobre loco, pero para su familia, a la que he tomado afecto, usted será un héroe. Será el hombre que desenmascaró un proyecto terrible. ¿Lo comprende, general? Pero no me lo agradezca a mí, sino a su familia. Y otra cosa: todo tiene un precio, y usted va a tener que pagarlo. Ese precio será que en ningún momento mencionará mi intervención en todo esto. ¿Cuento con ello?

Davidson se pasó la lengua por los labios. No podía creer lo que estaba oyendo, no podía creer que todo pudiese terminar tan bien para él.

—Sí… Cuente con ello. Pase lo que pase…, no la mencionaré como… como participante en este asunto.

—Le aconsejo que no olvide esto, porque si me mencionase, y por culpa de usted yo tuviese problemas, la CIA variaría inmediatamente su actitud, y lo destrozarían a usted y a su familia, no tendría piedad de nada ni de nadie. ¿Está claro? Y no es una amenaza personal, entiéndalo: es sólo una información respecto a lo

que haría la CIA.

—Sí, lo… lo entiendo, sí. Nunca la mencionaré.

—Espléndido. Ahora, vamos al hotel, nos despediremos, usted esperará al jefe de la CIA en las Hawaii, y empezará por darle nombres de todos los chinos y japoneses que han intervenido en esto, tanto aquí y ahora, como los que esperan en China y Japón: militares, civiles, industriales…

—¡Pero si hago eso, ellos… ellos enviarán a alguien a matarme…! ¡No viviré más de una semana, lo sé!

—Es cierto —admitió gélidamente Baby—… Pero eso no tiene demasiada importancia. No ha podido ser Presidente de Estados Unidos, no ha podido estar en la cumbre del poder…, pero al menos, pasará a la Historia de los Estados Unidos como un héroe. ¿Qué más puede usted pedir, general?

FIN

Notas

[1] Véase la aventura *Asesinos asesinados*. <<

[2] *Lonespy* es el nombre del personaje central que en la aventura de Brigitte titulada *La rebelión de los espías* se enfrentó a la espía más linda del mundo. <<